



BURTON HARE

EL FUNERAL DE LAS RATAS





eb

BURTON HARE

EL FUNERAL DE LAS RATAS

Colección LA HUELLA n.º 130
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 11.887 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1977

© Burton Haré - 1977

© Cubierta: Jorge Sempere - 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Paré el coche en medio de la oscuridad y di un vistazo en torno. Era un paraje que ni hecho a propósito. Negro como la tinta, las formas más próximas eran los troncos de los árboles y los macizos de los arbustos recortados, que sólo se distinguían como manchas más negras aun que el resto de tinieblas.

Si yo hubiese sido un tipo impresionable habrían empezado a temblarme las piernas, teniendo en cuenta lo que me había llevado hasta ese lugar.

Afortunadamente, había dejado de impresionarme por nada hacía muchos años, cuando en Vietnam nos dieron tan duro que hubimos de salir con las manos en la cabeza.

Al fin, me apeé del coche. Encendí un cigarrillo, dispuesto a esperar. El tipo podía aparecer en cualquier momento y yo no lo vería hasta que lo tuviera al lado, de modo que era mejor tomármelo con calma. Las dificultades, en todo caso, empezarían cuando él hubiera llegado.

Apareció mucho antes de lo que imaginaba. No oí ningún ruido, ni le vi hasta que se irguió al otro lado del coche, y aun entonces no fue más que una sombra negra.

—No se mueva, Flannagan —gruñó el tipo—. Y no se alarme. Soy Frank Sheehy.

Eso me dejó helado, porque yo pude haber esperado ver aparecer al mismísimo Satanás en persona, pero nunca a Frank Sheehy, el marido de Marion.

—¿Y qué? —dije, controlando mi voz—. Para mí no es más que un nombre.

—Un nombre con una pistola en la mano.

—Puede comerse su pistola, si realmente la tiene. No es a usted

a quien espero. Pero ya que está aquí, va a ahorrarle a Marion diez mil dólares.

Soltó tal blasfemia que hasta el coche se estremeció.

—¡Diez mil dólares! —Casi gritó—. ¡Esa maldita perra se ha creído que yo robo el dinero!

—Si mis noticias son ciertas, es dinero de ella, no suyo, Sheehy.

—¿A quién tiene que entregarlo?

—Supongo que ya lo sabe usted, puesto que está aquí. A un chantajista.

—Claro. ¡Estúpida de los demonios! Va a darme ese dinero a mí, Flannagan.

—Olvídelo. Ahora que usted ya está enterado del pastel, no hay necesidad de pagar a un chantajista, de modo que le devolveré el dinero a Marion.

—¡Va a dármelo a mí, ahora! —insistió, a gritos—. Le repito que tengo una pistola... y la usaré. Tanto da pegarle un tiro a usted como a ella.

—Ése es un buen razonamiento —dijo con sarcasmo—. A mí por tratar de ayudarla. A ella por ponerle los cuernos a usted... ¿No ha pensado matar, también, al amante de Marion?

—Por supuesto. Le mataré antes de lo que usted imagina.

—Si ya estaba enterado de que ella le engañaba, ¿por qué no hizo algo antes?

—No estaba seguro.

—Se compró una pistola. Marion me lo dijo. Debía tener algo más que sospechas para hacer eso.

—No voy a darle explicaciones a usted, Flannagan. Por última vez, deme el dinero y acabemos. Páselo por encima del coche pero no se mueva de donde está.

—¿Por qué no reserva su cólera para el chantajista? Ya no puede tardar en llegar, aunque si ve que estamos de charla no se dejará ver.

—¡Maldito si me preocupa ese tipejo! El trata de obtener dinero de una degenerada y hace bien. Y yo hago mejor aún ocupándome de que ella pague..., pero a quien debe, que soy yo.

—¿Sabe una cosa, Sheehy? Marion me dijo que era usted un ser mezquino, despreciable, vicioso y corrompido. Le confieso que, en principio, lo puse en duda, porque imaginé que ella intentaba

justificar en parte su proceder al entregarse a otro hombre. Bueno, veo que dijo la verdad. Es usted todo eso y mucho más, un maldito cerdo que va a tragarse una pistola antes de que hayan pasado dos minutos.

Empecé a rodear el coche cautelosamente. El chilló:

—¡No se mueva o disparo, Flannagan!

No repliqué. Por un instante imaginé que estaba de nuevo en plena selva, acechando para descargar el golpe.

En cierto modo, esto también era una selva. Una selva de acero y cristal, más siniestra aún que la propia jungla.

Entonces sonó el bronco rugido de una pistola. La sombra oscura del otro lado del coche se enderezó de golpe y escuché su lacerante jadeo de muerte, antes de que se desplomara en el suelo.

Reaccioné instintivamente tirándome de cabeza bajo el coche. Pero no hubo más disparos. Asomé por el otro lado y vi el cuerpo derribado ante mis narices. Cuando me incorporé con todos los sentidos alerta no pude oír ni un suspiro, como no fuera el quieto susurro del aire en los árboles.

Me incliné sobre Frank Sheehy, sólo para comprobar que estaba muerto. La bala le había entrado por la espalda, y debía de haberle partido el corazón, con toda seguridad.

Vi que, realmente, el pobre tipo había empuñado una pistola. Aún la tenía sujeta en sus dedos crispados. Y vi, también, que ni siquiera había corrido el seguro. Como pistolero habría sido una nulidad.

Ahora era una nulidad muerta.

Estaba aún inclinado sobre él, desconcertado por lo sucedido, cuando pareció como si el coche hubiera saltado al aire para caerme sobre la cabeza. Fue un golpe de los que no se olvidan. Sonó en mi cráneo como una bomba, hubo un estallido de oscuridad, y después ya no hubo nada.

CAPÍTULO II

Alguien intentaba arrancarme la cabeza a tirones.

Me quejé y una voz dijo algo que sonó igual que el tableteo de una lejana ametralladora.

Cuando al fin pude abrir los ojos, descubrí el brillo de una visera sobre mi cara. La visera correspondía a una gorra azul, y debajo de la gorra no podía haber nadie más que un policía.

—¿Me oye? —dijo—. ¡Maldita sea! Tiene los ojos abiertos, así que debe oírme... ¿O no?

—Sí...

Soltó un relincho de alegría. Nunca supuse que un «poli» pudiera sentir tanta simpatía por mí.

Volvió la cabeza y gritó:

—¡Eh, Marty, ya despertó!

—Deje de berrear, hermano. Tengo la cabeza hecha pedazos.

—¡Ajá! No está tan mal como suponía. Veamos..., voy a levantarlo y podrá sentarse en el coche.

Me ayudó y así pude derrumbarme sobre el asiento.

Otro policía más joven asomó junto al primero. Los dos me miraron de un modo muy raro. El recién llegado dijo al fin:

—Los de Homicidios están en camino, así como un médico y una ambulancia, pero antes que lleguen, ¿le importaría decirme cómo diablos se las arregló?

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿cómo lo hizo para darse ese porrazo en la nuca, después de liquidar a ese fulano?

—¿De veras creen que fui yo quien lo mató?

—Claro, de eso no cabe duda. Pero estamos intrigados por ese porrazo.

—Me asombra su claridad de juicio... Le pedí a él que me sacudiera y me dejara inconsciente. Después le pegué un tiro.

—Gracioso, ¿no te parece, Honey?

El tal Honey, pensativo, masculló:

—A mí me parece que eso no está muy claro, Marty. Mejor déjalo para los de Homicidios. Es trabajo suyo. Usted —añadió, mirándome—: ¿Necesita algo hasta que llegue el médico?

—Con un cigarrillo me arreglo.

Me ofrecieron tabaco y tras encenderme el cigarrillo se apartaron un poco, hablando animadamente entre ellos.

Aproveché para tantear el bolsillo donde había llevado el dinero.

Como ya imaginaba, los diez mil dólares habían desaparecido.

No cabía darle vueltas ni hacerse mala sangre. El porrazo ya no me lo quitaba nadie, y a Frank Sheehy no había quien lo resucitara, de modo que me dediqué a fumar el cigarrillo sin pensar en nada, sólo en el maldito dolor que continuaba barrenándome la caja de los sesos.

Empezó a oírse una sirena, que se aproximó rápidamente. Antes de que llegara, otra aulló procedente de otra dirección y el primer coche y la ambulancia llegaron casi al mismo tiempo.

Del coche policial saltaron tres hombres vestidos de paisano. Hablaron brevemente con los dos agentes uniformados, y después vinieron hacia mí. Uno se quedó examinando el cadáver, y los otros entraron en mi coche. Uno se sentó a mi lado y el otro en el asiento posterior.

—¿Cómo se siente? —preguntó el de mi lado—. Tiene sangre en la cabeza... si está muy mal, esperaremos a que el médico le atienda.

—Puedo resistir, aunque se me ocurre que el «matasanos» debería ocuparse antes de los vivos que de los muertos.

El tipo giró la cabeza y dio un vistazo al médico, inclinado sobre el cadáver. Rió entre dientes.

—Uno nunca sabe qué harán esos carniceros —dijo, volviéndose hacia mí—. Soy el teniente Gray, y mi compañero se llama Snyder. Detective de primera Snyder. Ahora veamos quién es usted.

—John Flannagan. Abogado.

—Abogado, ¿eh?

—¿Tiene usted algo contra los «picapleitos»?

—Sólo contra los que aparecen al lado de un cadáver asesinado por la espalda.

—Ya veo...

—Cuéntenos. ¿Qué pasó?

—Sé lo mismo que ustedes. Que a ese tipo le pegaron un tiro, y que cuando yo me inclinaba sobre él para comprobar si aún vivía me sacudieron en la cresta. El tipo que me golpeó lo hizo muy bien, teniente. ¡Ya lo creo que sí! Por poco no me arrancó la cabeza.

—Vayamos por partes, ¿sí? Alguien le disparó a su amigo por la espalda...

—No era mi amigo —le atajé—. Era un tipo al que no había visto en mi vida.

—Bueno, después entraremos en detalles. De momento tenemos que alguien le disparó un tiro a ese hombre, por la espalda, matándole en el acto. ¿Fue así?

—Ni más ni menos.

—Luego, ese misterioso asesino se acercó a usted por la espalda y le tumbó de un porrazo. ¿No?

—Seguro.

Desde el asiento posterior, el detective de primera gruñó:

—No tiene sentido. Si mató al otro, ¿por qué no le mató, también, a usted? Para él era lo mismo uno que dos tiosos.

—Quizá no tenía nada contra mí, vaya usted a saber.

—¿Y qué tenía contra el muerto? —saltó Gray.

—Eso, teniente, me gustaría mucho preguntárselo personalmente a ese bastardo.

—¿Por qué? Si no conocía usted al muerto, no debe dolerle mucho su muerte.

—Me duele la cabeza, el porrazo, eso es lo que me duele. Quiero decir, teniente, que me gustaría una barbaridad devolverle el golpe a su autor.

—Comprendo. Ahora, vayamos a otro punto. ¿Qué estaba haciendo usted en este lugar? No es un sitio divertido. Oscuro, solitario y peligroso. ¿Tenía una cita con alguien acaso?

—No con el muerto, si es eso lo que quiere saber.

—Dije «con alguien».

Esperó retrepado en el asiento.

Demoré la respuesta, y entonces el médico vino en mi ayuda al

asomar la cabeza y preguntar que quién era el herido.

—Mi cabeza, doctor —dijo—. Échele un vistazo.

—Hay muy poca luz aquí. Mejor entre en la ambulancia.

Fui con él y me examinó. Cada vez que sus dedos tanteaban mi cráneo agujas de dolor parecían atravesarme de parte a parte.

—Un poco más y le sacan los sesos fuera —comentó como si lamentara que eso no hubiera sucedido—. ¿Con qué le golpearon?

—Supongo que con el cañón de una pistola.

Estuvo hurgando en la herida un buen rato. Daba la sensación de que le divertía la cosa.

Cuando terminó dijo:

—Deberá llevar ese apósito un par de días, sin tocarlo. Después, no olvide ir a su médico para que le haga otra cura. Y tenga cuidado con su cabeza porque le dolerá durante un tiempo.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quiere? No le cobro la consulta ni nada...

Salió de la ambulancia y ya no volví a verle.

Pero sí volví a ver a los policías. Estaban esperándome, y como si no hubiera pasado el tiempo Gray repitió:

—Dígame, ¿tenía una cita con alguien, señor Flannagan?

—Podría mentirle, o negarme a responder amparándome en cualquier triquiñuela legal, teniente. Usted lo sabe.

—Pero no lo hará. No creo que sea usted tonto, precisamente.

—No pienso hacer eso, pero sí le pediré que me conceda un par de horas de tiempo.

—¿Para qué?

—He de hablar con otra persona. Quiero saber exactamente si con mis respuestas puedo perjudicar a alguien perfectamente inocente.

—¿Y después?

—Haré una declaración completa.

Cambió una mirada con su ayudante. Gruñó y pareció poco dispuesto a complacerme, pero al fin asintió con un gesto.

—Dos horas, señor Flannagan —dijo—. Pasado ese tiempo espero verle aparecer en mi oficina. Si he de enviar a buscarle ya no seré amable con usted, ¿entiende?

—Estaré allí.

Cuando me alejé a bordo de mi coche pensé que ese policía no

era tonto precisamente.

Pero si no quería pasar yo por algo más que tonto más me valdría espabilarme, porque la situación no era como para tomarla a broma.

Las luces de la bonita casa de Marion estaban encendidas cuando detuve el coche delante del prado de césped. Y al aproximarme oí el sonido del televisor.

Llamé y ella vino disparada, más nerviosa que un gato.

—¿Qué estuviste haciendo, Johnny? —exclamó, cerrando la puerta cuando entré—. Hace horas que estoy retorciéndome las manos esperándote...

—Hubo algunas complicaciones.

—Pero ¿pagaste al chantajista, pudiste verle, sabes quién es?

—El hijo de perra cobró, no pude verle ni tengo la menor idea de quién es. Y ahora, ¿te importaría obsequiarme con un trago?

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué tienes en la cabeza?

—Serrín, según algunas opiniones desinteresadas.

—Johnny..., te han herido...

—Es sólo un golpe. Te lo contaré todo a cambio de un *whisky* con hielo.

—Sí...

Se fue corriendo. Me interné en la casa y cerré el televisor cuando un tipejo relamido intentaba convencerme de que, usando cierta loción para el cabello, causaría estragos entre las mujeres.

Marion regresó al trote con mi *whisky*. Era una mujer alta, con un tipo soberbio donde cada curva estaba donde debía estar, y todo ello sobre unas piernas: exquisitamente trazadas.

Era una dama preciosa. Tanto, que yo estuve a punto de casarme con ella unos años antes.

Bebí el *whisky* a buen ritmo. Luego dije:

—Según tú, el señor Frank Sheehy está de viaje..., uno de sus viajes comerciales.

—Sí. Se fue ayer tarde.

—No.

—¿Cómo? —chilló, alarmada.

—No se fue a ninguna parte. Estuvo espiándote todo este tiempo, y me siguió a mí desde el momento en que fuiste a verme a mi despacho.

—¡Dios santo!

—Era cierto que llevaba una pistola. En eso sí acertaste, aunque no le sirvió de nada. Está muerto, Marion.

Abrió la boca como un pez fuera del agua. Me miró con los ojos tan abiertos que pensé si iban a caerle al suelo.

—¡Muerto...! —jadeó—. ¿Tú...?

—Yo maté a alguien en Vietnam, supongo. Pero aquí me dedico a otra clase de deportes. No, nena. Lo liquidó el chantajista, y luego me aporreó a mí. Por lo que a tu marido respecta, ya no debes preocuparte en absoluto.

—Johnny, lo dices de un modo que suena muy mal.

—No hay otra manera. Si la mitad de lo que tú me contaste de él era cierto, y creo que lo era, no vas a llorar por su muerte.

Desvió la mirada. Estaba terriblemente pálida, pero también endiabladamente hermosa.

—Era un miserable —susurró.

—Entonces, podemos pasar a discutir la situación en que estamos tú y yo. La policía me encontró inconsciente al lado del cadáver de tu marido, así que empezaron a hacerme preguntas.

—¿Les dijiste...?

—No les dije nada. Pero habré de hacerlo dentro de una hora y media. Es el plazo que les pedí para poder hablar contigo y decidir hasta dónde podía llegar en mi sinceridad con ellos.

—No sé... Tú eres abogado. Puedes hablar como representante legal mío...

—Tú no necesitas un abogado, a menos que quieras que los policías piensen que has matado tú a Frank Sheehy.

—Comprendo. Diles la verdad. Podré soportarlo, Johnny. Si por lo menos hubieses podido descubrir a ese maldito chantajista...

—Lo siento, me sorprendió por la espalda. Ni siquiera le oí acercarse. Por supuesto, se llevó los diez mil dólares.

—¡Ojalá le sirvan para...! Bueno, es mejor que me olvide de él y del dinero. Dime qué crees que debo hacer.

—Sólo responder sinceramente a la policía, Y decirme el nombre y las señas de tu amigo.

Dio un respingo y me miró, indignada.

—¡Johnny! —exclamó—. ¿Por qué quieres comprometerle a él?

—Porque te guste o no, habrás de decirle a los polizones la

razón del chantaje, y ellos querrán hablar con ese caballero... Pero antes quiero hacerlo yo.

—¿Por qué?

—Por el porrazo.

—¡Johnny! No tienes derecho a sospechar de él.

—Con lo que me duele la cabeza, querida, tengo perfecto derecho a sospechar hasta de mi propia sombra. Y no perdamos tiempo, por favor. Quiero hablar unos minutos con tu amigo antes de declarar ante la policía.

—Pero a él no le gustará...

—Tampoco a mí me gustó que me abollaran el cráneo.

Lo pensó durante un largo rato. Estaba más nerviosa que a mi llegada, ante la idea de comprometer a su amado Romeo.

—Está bien —se rindió—. Pero, por favor, Johnny... El no ha intervenido en este asunto. No sabe nada ni del chantaje...

—Le trataré con guante blanco, palabra.

—Se llama Mike Powell, y vive en Laurel Road, en el número ciento veinte.

—¿Estás realmente enamorada de él, Marion?

Lo pensó unos momentos. Incluso esbozó una media sonrisa triste, antes de responder.

—Sí —dijo con voz lenta—. Le quiero. O por lo menos, creo que es el hombre que necesito después del infierno que he vivido estos últimos años. Todo habría podido ser muy distinto si tú y yo... Bueno, si yo no hubiera sido tan estúpida. El mejor hombre que pude hallar en mi vida eres tú y lo estropeé. Pero ahora todo es distinto, Johnny, y necesito a Mike para no sentirme total y absolutamente frustrada, fracasada y vencida...

—Comprendo lo que quieres decir. Pero no opino como tú en lo que a mí respecta. Yo nunca fui una gran cosa, Marion.

La miré unos instantes más. Estaba pálida y adorable. Era una mujer por la que cualquier tipo podía perder la cabeza.

Me largué antes de empezar a perderla yo. Ya me dolía bastante.

CAPÍTULO III

El tal Mike Powell no debía ser ningún pobretón para ocupar un *bungalow* de tanto lujo, en un distrito residencial de nueva creación, donde cada metro cuadrado de terreno costaba tanto como si debajo hubiera pozos de petróleo.

Contemplé unos instantes el precioso y pequeño jardín, la piscina bañada por la luna que había salido al fin, y después llamé a la puerta.

El Romeo no acudió a abrir. Tal vez aún anduviera dando vueltas por la ciudad después de sacudirme el porrazo. O quizá fuera perfectamente inocente y estuviera de juerga con otra de sus admiradoras. Uno nunca sabe a qué atenerse con esta clase de tipos, dedicados a birlarles las mujeres a los demás.

Di una vuelta completa a la casa. Era preciosa, incluso en su jardín posterior, donde estaban el garaje y la barbacoa.

Allí había también una ventana abierta.

Era una tentación demasiado fuerte. Como abogado, sabía hasta el número de los artículos del código que violaba al deslizarme dentro de la casa por una ventana. Pero como abogado yo nunca había sido nunca una lumbrera, de modo que los olvidé y di un vistazo en torno.

Estaba en una espaciosa cocina bien equipada. Me pregunté para qué quería una cocina completa como aquélla un individuo que vivía solo...

Me interné en la casa, encendiendo algunas luces y apagándolas una vez me había orientado.

De este modo llegué a una especie de estudio alfombrado, moderno y confortable. Un rincón ideal donde matar las horas vacías.

Al tipo tendido sobre la alfombra ya no debía importarle en absoluto la comodidad del lugar, porque estaba muerto.

Encendí todas las luces y le miré de más cerca. Tenía un orificio de bala en la nuca. Un orificio pequeño y que había sangrado poco. La bala no había salido, de modo que debían haberle matado con una pistola de pequeño calibre.

No dudé ni por un momento de la identidad del pobre tipo. Había sido un hombre alto, bien desarrollado, con ese tipo atlético de gran desarrollo muscular y un rostro de extraño atractivo, que incluso muerto conservaba parte de su poderosa fascinación.

Bueno, no era extraño que Marion se hubiera dejado atrapar por un hombre como ése. Lo que ya no me parecía tan lógico, era que un individuo semejante, con una posición como la que delataba el espléndido *bungalow*, se complicara la vida con una mujer casada.

De cualquier modo eso era algo que ya no me preocupaba en absoluto ahora que estaba muerto.

Ésa era otra muerte absurda, porque no cabía pensar que el marido de Marion lo había despachado como me dijo que lo haría. Ni el chantajista tenía ningún motivo para matar a ese Mike Powell de cara bonita. Así que había otros factores en ese crimen que yo ignoraba por completo, de los que no tenía ni una ligera idea.

Pensé aprovechar el tiempo ya que tenía la primicia del descubrimiento. Quizá hubiera en alguna parte algo que relacionara a Powell con mi antigua ex novia, y si era así habría que pasarlo por un tamiz si era demasiado comprometedor.

De modo que registré toda la vivienda.

Lo interesante estaba bien oculto detrás de los libros del estante más alto de una biblioteca que ocupaba toda una pared. Eran varios sobres de papel manila repletos de fotografías de mujeres, algunas con dedicatorias realmente incendiarias, de esas que cuando la aventura ha muerto hacen que a la mujer le salgan ampollas sólo con recordarlas.

De manera que el tal Mike Powell no había sido trigo limpio. Repartí los sobres por mis bolsillos. Que la policía descubriera las cosas por otros medios si podía, pero ya que Marion estaba involucrada con ese hermoso *gigoló*, quería evitar las salpicaduras de barro hasta donde me fuera posible.

Después entré en un delirante dormitorio. El decorador debía

haber sufrido un ataque de esquizofrenia furiosa cuando lo proyectó, porque era algo como para entusiasmar a un psiquiatra.

Los colores eran rojos y negros, excepto la espesa alfombra que cubría todo el suelo. La cama era intensa, redonda, sumergida bajo un dosel de seda negra que colgaba del techo como una inmensa campana. Las luces eran indirectas y anegaban el ambiente con una claridad lechosa, extraña e inquietante. Si aquel tipo había sido capaz de dormir en semejante delirio, no cabía duda que gozaba de unos nervios a prueba de bomba.

Ya me disponía a largarme de allí a escape, cuando vi la fotografía colocada en un marco de plata. Era del tamaño postal y mostraba la cara y el busto de una muchacha joven.

Pero era una muchacha de un encanto que le dejaba a uno en suspenso, mirándola. No encajaba en ese ambiente que respiraba corrupción por todos sus poros.

Tenía unos inmensos ojos azules, un óvalo suave delineaba su cara y al sonreír se le formaban unos graciosos hoyuelos en las mejillas. Sus labios eran como para atraparlos en la boca de uno y dejarlos allí hasta el día del juicio.

Bueno, yo no recordaba haber visto una criatura tan increíblemente bella en toda mi vida, y he conocido muchas mujeres. Pensando en las fotos que ya llevaba encima, me apoderé de aquélla con marco y todo y entonces sí que me largué a marchas forzadas.

Me guardé el pañuelo con que había protegido mis dedos al registrar la casa, y conduje rápidamente rumbo a mi oficina donde tenía una caja fuerte. En ella guardé mi botín de mujeres de cartulina esperando examinarlo con más calma. Tras esto me encaminé a la oficina del teniente Gray.

* * *

No abrió la boca hasta que hube soltado toda la historia. A juzgar por la expresión de su cara, sobre su mesa debía tener algún arenque podrido y su olor le ponía enfermo.

—¿Ha terminado, Flannagan? —rezongó cuando callé.

—Sí, teniente.

—¿Y eso es todo?

—Completamente. No hay más por lo que a mí respecta.

—¿Y para eso ha querido tomarse dos horas de tiempo?

—Quise hablar primero con Marion Sheehy. Ella debía conocer lo sucedido y yo necesitaba estar seguro de que podría soportar lo que va a desencadenarse a su alrededor.

—Y al mismo tiempo ponerla sobre aviso —dijo, sombrío.

—Ahora no le comprendo.

—Usted no es tonto, Flannagan. Forzosamente debe haber comprendido que la sospechosa número uno es esa mujer.

—¿Marion? Usted está loco, teniente.

—Puede que sí. No me sorprendería haciendo este sucio trabajo mío. Esa mujer pudo liquidar a su marido y así eliminar, de raíz, el problema.

—¡Cuernos! Ella quería pagar. Me dio los diez mil dólares que tenía en su cuenta personal, que el chantajista me birló del bolsillo. Era así como Marion quería resolver ese problema, teniente.

Lo pensó durante un rato.

—Tal vez sí —dijo, al final—. Podré juzgar con más equidad cuando la haya conocido. ¿Qué hay del amante, sabe usted quién es?

—Se lo pregunté y fui a verlo, pero no estaba en casa. No pude esperarlo como habría sido mi deseo porque tenía que venir aquí en el plazo que habíamos convenido. Se llama Mike Powell, y tiene un bonito *bungalow* en Laurel Road, ciento veinte.

Lo anotó. No parecía feliz precisamente.

—¿Sabe una cosa, Flannagan? Mientras esperaba hice algunas averiguaciones respecto a usted.

—No me sorprende.

—La mitad de cuanto averigüé no me gusta. Profesionalmente, es usted un saco de trucos. Se ha salvado por los pelos de ser procesado por un tribunal de ética en el colegio de abogados...

—Conozco mi propia biografía, amigo.

—No es nada como para enorgullecer a nadie.

—Las hay peores. En mi caso, no he defendido nunca a ningún criminal. He ganado todos mis casos, y le aseguro que algunos eran como para sudar sangre.

—Gracias a sus trucos legales.

—Si eran legales ya no eran trucos, teniente, no se contradiga a sí mismo.

Hizo una mueca de disgusto.

—No me gusta que haya aparecido usted en un asunto de homicidio, eso es todo —replicó, levantándose—. Supongo que querrá asistir al interrogatorio de esa mujer, para asesorarla en sus respuestas.

—No ha comprendido usted nada de cuanto le he contado. Ella no necesita un abogado porque es inocente. Todo lo que necesita es un trato correcto por parte de ustedes. Esa mujer ha sufrido una larga temporada de tensión al enamorarse de un hombre que no era su marido, y al soportar a ese marido que, como hombre, dejaba mucho que desear. No, Gray, no voy a asesorarla en sus respuestas, a menos que me llame diciéndome que el interrogatorio está llegando a extremos intolerables y desconsiderados.

Me miró muy sorprendido. Se hubiera sorprendido mucho más si hubiese podido saber la suerte del amante de Marion...

Así que me despidió. Ellos se fueron a interrogar a Marion y yo me largué a mi apartamento. Me acosté y no pude dormir.

CAPÍTULO IV

Una hora más tarde, con un dolor de cabeza monumental y los nervios de punta por no poder conciliar el sueño, me levanté, preparé un *whisky* y después de vestirme volví a la calle preocupado por un montón de problemas.

El vigilante nocturno del edificio donde tenía mi oficina me miró, disgustado por romperle el sueño.

—Tiene que firmar el registro nocturno, señor Flannagan —gruñó señalándome el libro.

Lo hice y me encerré en mi oficina. Saqué toda mi colección de fotografías y comencé a examinarlas una a una.

A juzgar por su apariencia, había algunas que ya tenían algunos años. Otras parecían mucho más recientes, y, el noventa y cinco por ciento, representaban a mujeres en su madurez, una madurez en decadencia.

Pero no pude encontrar la fotografía de Marion, que era lo que me había estado preguntando. Quería saber qué clase de dedicatoria habría escrito ella.

Decididamente, Marion había sido un poco más discreta que las demás, en ese sentido.

Luego, me quedé mirando a la muchacha enmarcada en plata.

Ésa sí valía la pena de contemplarla con calma. Cuanto más la miraba, más sugestionaba con su mirada limpia, azul y profunda, y sus labios tenuemente rosados que parecían llamarle a uno con la fuerza de un abismo.

Al fin, la separé del marco y di un vistazo al dorso. Había el sello de un fotógrafo y un número.

Consulté la guía telefónica profesional y anoté las señas del fotógrafo. Me guardé la foto en un bolsillo.

Tras esto, llamé por teléfono a Marion, y cuando ella respondió al tercer timbrado dije:

—¿Ha sido muy malo, Marion?

—No demasiado, Johnny. Pero habría sido mejor si tú...

—Eso no les habría gustado a los policías. Hubiera despertado sus recelos y ya estaban con la mosca en la oreja por no haberles dicho la verdad desde el principio.

—Lo malo de todo esto, Johnny, es que ahora deben estar interrogando a Mike. Sólo Dios sabe cómo se lo tomará. Intenté llamarle por teléfono pero no respondió. Y ahora no me atrevo a intentarlo de nuevo porque la policía debe estar en la casa.

—A propósito de Powell —dije, controlando mi voz para que no pudiera sospechar nada anormal—. ¿Estás segura de que es un tipo que merece tu cariño?

—¡Claro que estoy segura! ¿No hablaste tú con él?

—No estaba en casa cuando fui a ese bonito *bungalow*.

—Casi prefiero que no le encontrases...

—¿Sabes en qué se ocupa, cuál es su trabajo? Debe ganar dinero para tener esa casa y en ese lugar selecto...

—Nunca se lo pregunté. Ni es nada que me preocupe.

—Ya veo. Te pegó fuerte, pequeña.

—No sé, exactamente, qué quieres decir. Pero en cualquier caso no se trata de un simple capricho, Johnny. Ya te dije que surgió en mi vida cuando más lo necesitaba.

—Está bien, Marion, espero que de ahora en adelante todo vaya sobre ruedas para ti.

Yo sabía que no sería así, naturalmente, porque la policía volvería a caerle encima como una tonelada de ladrillos, tan pronto descubriera el nuevo asesinato. Y cuando eso sucediera yo quería que ella saltara hasta el techo, que estallara en llanto, en gritos, o se desmayara. Cualquier cosa de las que cabía esperar de una mujer enamorada e inocente. Sería la mejor prueba de su inocencia para los policías.

Colgué y volví a la calle. Hacía una noche espléndida, con un airecillo suave que se había llevado la polución de las últimas horas. Las estrellas chispeaban en lo alto como homenaje a una luna grande y blanca.

La cabeza seguía doliéndome cuando aparté el coche de la acera

y conduje por las casi desiertas calles rumbo a las señas del fotógrafo que había anotado.

Era una hora endiabladamente mala para visitas, de manera que cuando llamé al timbre, en la entrada que había al lado de la tienda, no esperaba ser bien recibido precisamente.

La voz sonó bronca y furiosa del otro lado de la puerta.

—¿Quién diablos está ahí? —dijo a gritos.

—Lamento haberle roto el sueño, amigo.

—¡Ya puede lamentarlo a menos que tenga una razón condenadamente buena para haberlo hecho! ¿Qué es lo que quiere?

—Bueno, pensé que le gustaría ganarse algunos dólares.

—¿A estas horas? Usted debe estar chiflado. Lárguese o llamo a la policía.

—Soy abogado. Me llamo Flannagan. ¿Qué tal le parecerían diez dólares por cinco minutos de su tiempo?

—¿Qué quiere que haga?

—Estamos hablando a, través de una puerta y así no, puede ayudarme en nada.

—Espere.

Abrió lo justo para poder verme. Pero no quitó la cadena de seguridad. El hombre era precavido.

—Quisiera ver algún documento suyo, señor Flannagan. No están los tiempos para confiarse a semejantes horas de la madrugada.

—Oh, claro...

Le mostré mi licencia y eso acabó con sus recelos.

—Entre —dijo, abriendo del todo la puerta—. Podemos entrar al taller desde aquí. ¿Qué es lo que quiere exactamente?

Le mostré la fotografía de la muchacha.

—Nombre y dirección, eso es todo. Usted debe llevar un registro de sus clisés.

—Naturalmente. Ésta es una foto reciente... ¿Me pagará diez dólares sólo por eso?

—Ya se lo dije.

Sonrió de oreja a oreja.

—Eso hace que la cosa no sea tan mala. Estaba durmiendo como un tronco, ¿sabe?

Consultó su registro, anotó algo en un pedazo de papel y

tendiéndomelo dijo:

—Ésta es. Y créame si le digo que al natural es aún más bonita que en la foto. Esa chica tiene algo especial, ¿comprende lo que quiero decir?

—No.

—¡Caray, pues no sé cómo explicárselo...! Posee un atractivo imposible de captar con una cámara. Hay que verlo mirándola a los ojos. En fin, ya lo comprobará por sí mismo cuando la vea, si es que aún no la conoce.

—Sólo la he visto en esta foto.

Pagué los diez dólares y él se volvió a la cama.

A mí, el dolor de cabeza continuaba alejando el sueño y despejándome de un modo alarmante. Comencé a pensar si el golpe habría interesado alguna célula oculta del cerebro y no volvería a dormir en paz el resto de mis días.

* * *

Los faroles del jardín arrancaban reflejos del agua de una gran piscina en forma de riñón. Naturalmente, a semejantes horas no había nadie a la vista, ni en torno a la piscina, ni en las galerías de los tres pisos de pequeños apartamentos individuales de que contaba el edificio cuyas señas llevaba anotadas.

Busqué el que correspondía a la muchacha de los ojos azules y ante la puerta titubeé. Despertar a una chica a esas horas podría provocar una situación muy desagradable.

A menos que pudiera hallar una buena excusa.

Me disponía a llamar, cuando oí un leve grito al otro lado de la puerta. Fue un grito breve y ahogado, pero violento y acuciante.

Probé el tirador y la puerta se abrió. Entré de un salto a una densa oscuridad. Oí un rumor delante de mí y, deslizándome con cautela, avancé.

Había una puerta abierta y allí dentro alguien estaba luchando desesperadamente, aunque procurando evitar los ruidos que habrían alarmado a los apartamentos vecinos. Tanteé la pared y encendí la luz.

Sobre la cama, un hombre corpulento intentaba reducir a una mujer casi desnuda.

—¡Suéltela! —exclamé, como los héroes de la televisión.

El tipo ya casi la había soltado al encenderse la luz. Giró y entonces descubrí el cuchillo en su mano. Tenía una cara achatada y unos ojillos malignos como el infierno.

Ella jadeó:

—¡Ayúdeme..., quiere matarme...!

—¡Échese atrás! —dijo—. Salga de la cama...

Saltó como una rana, cayendo al otro lado del lecho. El tipo del cuchillo la miró por el rabillo del ojo. Alcanzarla allí iba a ser difícil, si antes no se libraba de mí.

Soltó un gruñido, furioso, y se puso en marcha:

—Te la has ganado —dijo, moviendo el cuchillo con suavidad—. Llegaste justo a punto...

Lanzó un tajo escalofriante. Yo intentaba recordar las enseñanzas que nos dieron en Vietnam y esquivé como pude, alejándome de un salto.

El rió.

—Hagas lo que hagas, no te librarás —dijo, rechinando los dientes—. Voy a sacarte las tripas.

No repliqué. Aquel cuchillo me fascinaba.

Lo vi oscilar, buscando el mejor ángulo para atacar.

Entonces recordé algunas cosas y las puse en práctica.

Di un grito agudo, salvaje, y salté hacia él con los pies por delante. Me retorcí en pleno salto y mi pie derecho le golpeó en el cuello como un mazo.

Caí casi al mismo tiempo que él y el batacazo casi me desmontó. Habían pasado muchos años desde que estuviera entrenado para esos juegos.

Pude levantarme con todos los huesos doloridos. El tipo también se ponía en pie, jadeando y gruñendo. En mis buenos tiempos, ese golpe lo habría matado sin remedio.

—Has visto muchas películas —rezongó—. Vuelve a intentarlo, tipo listo.

Y se lanzó con el cuchillo por delante. Le esquivé con un quiebro y de un zarpazo le atrapé el brazo armado. Lo retorcí, girando al mismo tiempo.

Sonó un seco crujido y él empezó a gritar. Nadie se queda callado cuando le rompen un brazo.

Le solté y se fue, dando tumbos, más allá de la puerta. Le seguí

enfurecido y cuando intentaba sujetarse el brazo roto con la otra mano, le descargué un salvaje mazazo en la cara con el borde de la mano.

Sentí un dolor increíble que me subió por el brazo paralizándome momentáneamente. Mi mano ya no era tampoco lo que había sido.

Contuve el grito que pugnaba por escapárseme. Pero a él debía dolerle mucho más la nariz astillada, porque un torrente de sangre casi le ahogaba. Giró a trompicones y en un instante hubo pasado la puerta.

Le oí gimotear mientras descendía las escaleras a saltos. Luego me volví.

La muchacha me miraba con ojos desorbitados. La miré deslumbrado, porque a través del corto camisón que llevaba puesto podía ver hasta sus más recónditos encantos. Tenía unos senos altos que se transparentaban descaradamente.

Su piel era tersa y dorada, de la cabeza a los pies. Unos muslos prietos daban la forma justa a sus caderas que escapaban del borde del camisón.

Pero era en la cara donde su extraño encanto le sugestionaba a uno. El fotógrafo había tenido razón. Si uno se hundía en sus ojos todo se desvanecía en torno. Era como entrar en un mundo nuevo.

—Bueno —dije, con voz que tembló lamentablemente sin que pudiera evitarlo—, ése no era amigo suyo...

—No sé quién era... Forzó la puerta y entró... Iba a matarme...

—¿Por qué?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Sólo me agarró y estaba riéndose mientras sujetaba su mano armada..., era más fuerte que yo y se divertía prolongando mi terror... Si hubiera querido hacer las cosas rápidamente, usted ya me hubiera encontrado muerta.

—¿No lo había visto usted nunca?

—No...

Fui a la puerta y la cerré por dentro. Cuando regresé al dormitorio, ella estaba envolviéndose en una larga bata que velaba su cuerpo. Me pareció que eso no era ningún premio, después de haberle salvado la vida.

Entonces me espetó:

—Y usted, ¿quién es?, ¿cómo entró aquí?

—Vine en su busca, pero no me atreví a llamar a esa hora de la madrugada. Pero en aquel momento la oí gritar y probé la puerta. Cedió y entré, eso es todo.

—Oiga, ¿qué está ocurriendo aquí esta noche? Primero, ese loco queriendo matarme con el cuchillo. Luego, usted, que viene a... — Miró el reloj que estaba sobre la mesita y añadió, asombrada—, a las tres de la madrugada. ¿Qué esperaba conseguir a semejantes horas?

Saqué la fotografía del bolsillo.

—Ésta es usted, y se llama Crystal Nolan. ¿No es cierto?

—Sí, pero ¿dónde ha conseguido esta fotografía?

—En casa de un tipo llamado Mike Powell.

Le vi dar un respingo y su bello rostro se nubló.

—¡Ésa sanguijuela...! ¿Es usted amigo suyo? Por que si es así, ya puede ir hacia la puerta ahora mismo.

—No soy amigo de Powell. Sólo le encontré muerto.

—¿Muerto?

—Alguien le pegó un tiro.

No se impresionó demasiado. En todo caso, sufrió sólo un leve estremecimiento, antes de murmurar:

—Lo estaba pidiendo a gritos...

—¿Por qué dice eso?

Se encogió de hombros despectivamente.

—Era un sucio estafador, un repugnante vividor que se había especializado en explotar a mujeres engañadas.

—¿También a usted?

—No..., a mí no podía quitarme un dinero que no tengo. Yo le conocí en una reunión y me impresionó. Era un hombre tan atractivo que no parecía real. Salimos juntos algunas noches y llegué a creer que... Bueno, ya sabe, pensé que era el hombre de mi vida. Hasta que poco después descubrí la clase de reptil que era y le mandé a paseo.

—Pero él no le devolvió su fotografía...

—No quiso. Dijo que no se daba por vencido y que lo nuestro podría reanudarse. Incluso me llamó por teléfono en varias ocasiones.

—Y, ahora, alguien le pega un tiro, y un asesino se presenta aquí a matarla a usted. Es como para preocuparse.

—Voy a llamar a la policía —dijo de pronto, como si la idea se le hubiera ocurrido de repente.

—Tómelo con calma —le aconsejé—. Hasta ahora, no está involucrada en el crimen, pero lo estará en cuanto la policía averigüe sus relaciones con Powell.

—¡Al diablo! No me importa eso. Pero sí me preocupa ese criminal que estuvo a punto de degollarme...

—Está en su derecho denunciando ese atentado. Pero antes de que lo haga quisiera que hablásemos un poco más usted y yo.

—Bueno, pero aún no sé quién es usted.

—Me llamo John Flannagan, soy abogado y me vi mezclado en este asunto de un modo circunstancial. Hasta ahora, lo único que he sacado en limpio ha sido un buen porrazo en la cabeza.

Le mostré el parche adhesivo y frunció el ceño.

—No entiendo ni la mitad... ¿Qué es lo que espera que le diga yo?

—No lo sé muy bien, ésta es la verdad. Pero quizá conozca usted a los amigos de Powell. Si salieron juntos un tiempo, él debió presentarla a sus amistades. ¿O no?

—No parecía tener muchos amigos. Que yo recuerde, sólo me presentó a un par de hombres. Uno era un músico de no sé qué conjunto. El otro se llamaba Judd Appel, y creo que me dijo que en ocasiones hacían negocios juntos.

—Supongo que no hablaría de la naturaleza de esos negocios...

—No, nunca supe nada de eso. Bueno, cuando abrí los ojos a la realidad, sí me enteré de cómo obtenía su dinero, pero eso es todo.

—¿Oyó alguna vez el nombre de Marion Sheehy?

—No, nunca. ¿Quién es?

—La última conquista de Powell. Sólo que alguien la chantajeó, y ahora que sé la clase de gusano que era ese individuo, sospecho que la cosa partió de él.

—No me sorprendería.

—Creo que ya le he robado demasiado tiempo, Crys. Pero volveré a verla si se me ocurre algo más que usted deba aclarar. Sólo para mi satisfacción personal, porque oficialmente estoy al margen de cuanto está sucediendo.

—Vuelva cuando quiera. Si yo puedo ayudar en algo a que se aclare la clase de miserable que era Powell, lo haré.

—Eso habrá de contarlo a la policía cuando les llame.

Me fui hacia la puerta. Antes de salir me encaré con ella y la miré por última vez. Era la tentación hecha mujer.

—La próxima vez —dije—, espero que me invite a un trago. Sólo para entendernos mejor usted y yo.

—Lo tendré en cuenta, señor Flannagan. Pero, por favor, elija una hora menos intempestiva.

—Recuerde que gracias a mi impertinencia de esta noche, usted está viva.

—Eso no creo que pueda olvidarlo nunca.

Cerró suavemente la puerta y me largué como si flotara.

Esa chica era como para tomarla a pequeñas dosis.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, después de unas horas de permanecer en la cama sumido en un duermevela poblado de pesadillas, consulté la guía telefónica y encontré el Judd Appel que buscaba.

Sus señas correspondían a un edificio de apartamentos, cuyo aspecto no era muy brillante que digamos. Si era socio de Mike Powell, éste debía embolsarse la parte del león de los beneficios, dejando a Appel las migajas.

Llamé a la puerta del apartamento, pero no obtuve respuesta alguna. La casa estaba silenciosa a esa hora que las mujeres están en sus compras, y los hombres en los trabajos.

Probé un par de trucos y la cerradura se rindió sin mayores esfuerzos.

Entré y cerré a mi espalda.

Lo primero que me sorprendió fue ver la luz encendida en una habitación cuya puerta estaba abierta de par en par.

Me asomé a ella y vi al tipo tumbado de bruces sobre la cama, Tenía la espalda roja de sangre seca.

Alguien estaba haciendo liquidación del negocio que tenían Powell y Appel en sociedad...

El tipo había sido un hombre fuerte, de cara más bien desagradable. Tal vez un antiguo boxeador a juzgar por su nariz aplastada y sus cejas deformes. Pero ni siquiera un boxeador puede pelear contra una bala en la espalda.

Instintivamente, abrí un armario y di un vistazo al interior. Había un par de trajes en bastante mal estado, zapatos, alguna ropa blanca mal plegada en un estante y una bata de un color verde pálido. La bata me recordó las que usan los médicos en los hospitales modernos, aunque si ese fulano era módico, yo habría

podido ser obispo metodista.

La bata estaba colgada allí, como perdida. Pero no cabía duda que era una bata de hospital.

Pero me olvidé pronto de la prenda sanitaria al levantar unas camisas plegadas, porque bajo ellas descubrí un impresionante fajo de billetes.

Los conté y había diez mil dólares.

Diez mil dólares justos. Ni uno más ni uno menos. Los que el chantajista me había quitado del bolsillo, después de aporrearme.

Me los embolsó, naturalmente. Y casi lamenté que hubieran matado a ese tipejo, porque me habría gustado sacudirle un poco personalmente, sólo para librarme de la amarga sensación de derrota que los latidos de mi cabeza me recordaban sin tregua.

Volví al lado de la cama y tanteé los bolsillos del cadáver. Acababa de sacar su cartera de bolsillo, cuando alguien llamó a la puerta con energía.

Di un salto atrás y durante unos instantes creo que me quedé paralizado. Luego, abrí la ventana, salí por ella y me escabullí más que de prisa por la escalera de incendios.

Sólo cuando me encontré en la calle respiré con alivio. Y también entonces me di cuenta que al escapar de aquel matadero, me había llevado la cartera del difunto señor Appel.

La guardé en un bolsillo y, una vez en el coche, me fui a mi oficina con ánimo de tener un poco de paz y poder reflexionar con calma.

Reflexionar, sí reflexioné, y por más vueltas que le diera al problema sólo llegaba a una misma conclusión: Powell y Appel habían sido socios en la estafa a mujeres. Powell las engatusaba, llevándolas hasta situaciones comprometidas. Entonces, aparecía Judd Appel con el cuento del chantaje, sacaba todo cuanto podía y los dos buenos camaradas se repartían el dinero.

Muy bien. Pero, entonces, ¿quién se los había cargado?

Y otra cosa que me intrigaba profundamente, ¿por qué ese alguien quería matar también a la hermosa Crystal Nolan?

A menos que eso fuera otro asunto, aunque me costaba creerlo.

Recordé de pronto que aún conservaba la cartera de Appel, de modo que examiné su contenido.

Había los documentos a su nombre, incluida la licencia de

conducir, un centenar de dólares en billetes, dos facturas de lavandería pagadas y una escueta nota con un recargado membrete.

«El próximo día nueve deberá cambiar su turno con Murphy».

«Gracias».

El membrete era de cierto lugar llamado «Centro de Salud Los Álamos». Las señas eran de una población distante unas veinte millas de Los Ángeles.

Todo eso lo guardé también en mi caja fuerte. Luego, me fui a casa de Marion.

* * *

La policía me había precedido. Marion estaba pálida y profundos círculos oscuros rodeaban sus ojos. Debía haber vertido toda su reserva de lágrimas porque cuando me franqueó la entrada sólo dijo con voz quebrada:

—Lo sabes, ¿no es cierto?

—¿Que mataron a Mike Powell? Sí, lo sé.

—Fue horrible... Vinieron y me lo dijeron, y yo creí que me moría. Y ese teniente Gray... con sus comentarios despiadados. Le aborrezco.

—Ellos hacen su trabajo, pequeña. Un trabajo muy rudo. No pueden mostrar delicadeza aunque quieran.

—Dijo... dijo que yo no había llorado por mi marido, pero que cuando me dijeron que Mike..., que él estaba muerto, casi me volví loca. No querían comprender que Mike era mi refugio, mi alegría, y que mi marido había sido todo lo contrario, una fuente de tristezas, de amargas y humillaciones...

—Tómalo con calma, Marion. ¿Qué más te dijeron de Mike Powell?

—Sólo que estaba muerto. Quería saber si yo conocía sus amistades, sus negocios... ¿Qué podía decirles? No sabía nada de todo eso, cuando estaba con él no había más que un tema que yo quisiera hablar...

—Claro.

Me preparó una bebida. Cuando me la sirvió saqué el fajo de billetes y lo dejé sobre la mesita, al lado del vaso de *whisky*.

—Tu dinero... —dije—. Por lo menos, no lo pierdes todo.

Lo miró un instante completamente paralizada de estupor.

—¡Pero no es mi dinero, Johnny! —exclamó tumultuosamente—. El chantajista exigió billetes de diez dólares... y aquí los hay de diez, de veinte... e incluso de cinco. No son los billetes que tú llevaste.

Con eso no había contado y el asombrado fui yo.

—No lo entiendo... —dije, desconcertado—. Hubiera jurado que era el dinero que aquel bastardo me quitó del bolsillo, después de aporrearne.

—¿Dónde los encontraste? —indagó, mirándome fijamente.

—¿Dónde imaginas?

—¡Oh, no! Johnny..., no puedes creer que Mike...

—No estaban en casa de tu Romeo. Los tenía su socio.

—¿Socio?

—Otro fulano a quien también mataron anoche. Se llamaba Appel y trabajaban juntos Mike Powell y él. ¿Es que aún no has comprendido la clase de pillo que era tu Mike Powell de los demonios?

—¡Johnny! No te consiento...

—¡Oh, al diablo con eso! Era el ser más vil y miserable de cuantos he conocido. Vivía a costa de las mujeres. El las comprometía, y su socio ejercía el chantaje. Después repartían los beneficios. Encontré decenas de fotografías de mujeres maduras en su casa, algunas con inflamadas dedicatorias. Menos mal que no había ninguna tuya.

Su rostro se contrajo con una mueca. Fue como si acabara de propinarle una cuchillada en el corazón. Se sentó poco a poco, igual que si las piernas no pudieran sostenerla, y sus ojos me miraron completamente alucinados.

—No, Johnny —jadeó—. Mike no..., él no...

—El sí, querida, y cuanto antes te convenzas, antes dejarás de atormentarte por alguien que no lo merecía. Mike Powell era un miserable y esté mejor muerto que vivo.

—¡No!

Volteó la mano y me soltó una bofetada histérica que resonó

como un disparo. Después se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos.

A mí ya me dolía bastante la cabeza sin necesidad de esa ayuda. Sentí los sesos bailarme dentro del cráneo y las punzadas de dolor se agudizaron.

La dejé que agotara esa nueva reserva de lágrimas y aproveché para beber. Apuré todo el *whisky* y tuve tiempo de fumar un cigarrillo antes de que empezara a reaccionar.

Entonces me miró, consternada.

—Lo siento, Johnny —balbució—. No debí... Sé que sólo tratas de ayudarme.

—Olvidalo.

—No quise hacerlo, Johnny, créeme.

—Tranquilízate. Al lado del porrazo de anoche, tu bofetada ha sido una caricia.

Estuvo observándome hasta convencerse de que hablaba en serio.

—Es todo tan horrible, tan sórdido... La policía no me dijo nada de eso. ¿Cómo es posible que tú lo hayas averiguado y ellos no?

—Lo habrán sabido tan pronto hayan profundizado un poco en la vida de ese individuo. Pero yo les llevo ventaja porque estuve allí antes que ellos. Me llevé las fotografías, eso es todo.

—¿Por qué lo hiciste? Es un delito...

—Ya lo sé. Siempre fui un mal abogado. Pero de pronto se me ocurrió que la mayoría de aquellas mujeres estarían en tus mismas circunstancias, y que si se hacían públicos sus amores con aquel bastardo, sus vidas ya no volverían a ser nada agradable... Bueno, me llevé las fotos, eso es todo.

—Creo que te comprendo perfectamente. ¡Dios mío, qué cosa tan sórdida, Johnny!

—Te repondrás. La vida no termina con una rata más o menos.

—¿Qué vas a hacer, ahora, con ese dinero?

—Bueno, si no es el tuyo, debieron sacárselo a otra mujer en tus mismas condiciones. Quédatelo. Por lo menos, no lo habrás perdido todo.

Me levanté y ella me cerró el paso, mirándome con fijeza.

—Fue la mayor estupidez de mi vida, Johnny... —susurró.

—¿Qué...?, ¿enamorate de ese individuo?

—No... Romper nuestro compromiso, cuando éramos más jóvenes, cuando lo teníamos todo a nuestro alcance.

—Esas cosas pasan y no conduce a nada darles vueltas. En cierto modo, estuviste acertada, porque yo era un don nadie, y lo malo es que sigo siéndolo.

Me dirigí a la puerta y la abrí. Ella no me siguió. Se quedó donde estaba, mirándome con sus ojos angustiados.

—Vuelve pronto, Johnny —dijo como despedida.

—Sí, claro. Cuídate entretanto.

Cerré a mis espaldas y anduve cabizbajo hacia donde esperaba mi coche.

Compré los periódicos, pero no traían una sola referencia a las muertes de la noche pasada. La noticia no había alcanzado las redacciones a tiempo.

Conduje entre la riada de tráfico sin dejar de reflexionar a fondo sobre el problema. Claro que nada de todo aquello me concernía ya, como no fuera en lo que tocaba de cerca a Crystal Nolan, y el intento de asesinato.

Eso sí me concernía, porque, a pesar de todo, no había podido quitarme de la cabeza el hechizo que se desprendía de aquella mujer.

Me dirigí hacia el despacho del teniente Gray.

CAPÍTULO VI

—Claro que puede examinar nuestra colección de cuchilleros —dijo, fastidiado—. Pero me gustaría saber a qué obedece su interés por esas lumbreras.

—Un bastardo, armado de cuchillo, nos atacó a una chica y a mí, anoche. Me gustaría mucho devolverle las atenciones.

—¿Les atacó así, por las buenas?

—Más bien por las malas. Y le aseguro que sabía manejar el cuchillo, era un experto.

—Supongo que denunciarían el asalto...

—No lo hicimos. ¿Para qué, si no sabíamos a quién denunciar? Pero lo haré si puedo identificarle.

—De acuerdo. Vaya a la primera planta del sótano. El sargento estará esperándole.

Le dejé hablando por teléfono con el encargado del fichero. Era un sargento jovial, que parecía moverse como el pez en el agua en aquel laberinto de ficheros gigantescos, archivos y documentos.

Empezó trayéndome dos gruesos volúmenes, que depositó sobre una mesa.

—Aquí tenemos los más conocidos de la especialidad, señor Flannagan —anunció—. Si tarda mucho en localizar a su hombre, acabará dándole vueltas la cabeza y todos le parecerán iguales.

—No me desaliente, sargento. ¿Y si no está aquí?

—Lo buscaremos en los del montón, tipos que han sido detenidos alguna vez y a los que se les encontró un cuchillo como todo argumento.

Me dejó en compañía de la colección de bellezas.

Comencé a pasar páginas y páginas. Había rostros de todos los calibres y cataduras, y los había bien parecidos, y hasta de

expresión risueña e inocente. Parecía increíble que éstos fueran individuos duros, capaces de abrirle a uno en canal si alguien les pagaba suficiente.

Pasó el tiempo y comprendí que el sargento estaba en lo cierto. Las caras comenzaban a bailarme ante los ojos.

Luego, cuando ya iba por la mitad del segundo tomo, el rostro del cuchillero saltó ante mí como una cosa viva.

Allí estaba. Bajo cada foto había un número. Llamé al sargento y se lo mostré.

—Éste —dije—. No olvidaré nunca la maldita cara.

—¿Está seguro?

—Absolutamente.

Tomó nota del número y se llevó los dos volúmenes.

Regresó con una carpeta amarilla.

—Aquí está —anunció—. No puede usted llevarse ningún documento ni fotografía. Sólo examine todo esto en mi presencia y si necesita alguna copia pídala al teniente. El debe autorizarlo.

—De acuerdo.

Leí el historial del fulano. Era como para ponerle a uno los pelos de punta, sobre todo, si se pensaba que un elemento de ese calibre andaba suelto por las calles dispuesto a rajar a una mujer sólo porque alguien debía habérselo encargado.

Al fin encontré su última dirección conocida, un lugar en Waths. La anoté, revisando también los últimos informes sobre él. Unos informes que de lo único que informaban era de que, en las últimas investigaciones, se había perdido su pista.

Alentador.

Di las gracias al sargento y subí arriba. El teniente Gray había salido, así que no perdí más tiempo, abandoné el edificio policíaco y a bordo del coche salí zumbando hacia la dirección que había anotado.

* * *

Había el clásico ambiente de un barrio habitado por gentes de color. Multitud de bares, salones de billar y locales de entretenimiento. Negros sentados en las aceras y olores picantes de las freidurías...

La dirección que yo buscaba estaba en los límites del barrio. Era

una casa de cuatro plantas con una tienda de licores en los bajos.

Entré en la tienda. Sólo había un hombre detrás del mostrador leyendo un periódico deportivo.

—Busco a Richard Koerper. ¿Le conoce? Me dijeron que vivía en esta casa.

—Koerper... ¿No es ese tipo grandote con el pelo revuelto?

—Cierto, ése es.

—Hace tiempo que no le veo. Tenía un apartamento en el tercer piso y solía comprarme algunas botellas. Pero ya le digo, hace tiempo que no viene por aquí.

—¿Sabe si dejó el piso?

—Lo ignoro. Tampoco me he preocupado nunca de averiguarlo. ¿Para qué?

—En el tercer piso debe haber varios apartamentos. ¿Recuerda cuál era el suyo?

—Doce B, creo, aunque no estoy seguro.

—Gracias, veré si tengo suerte.

—Oiga, Koerper es un tipo de malas pulgas, ¿sabe? Si piensa cobrarle alguna cuenta atrasada, más vale que lo piense dos veces, amigo.

—No quiero cobrarle nada... Más bien he de pagarle.

Subí a la tercera planta y llamé a la puerta indicada.

No hubo respuesta. Llamé a la de al fondo y ésta se abrió casi al instante.

La rubia me miró de arriba abajo, muy interesada.

—¿Te envía alguien, querido? —Runruneó.

—No, que yo sepa.

—Bueno, no te quedes ahí.

Vestía un reducido pantalón corto y una especie de pañuelo anudado a la espalda. Por los pliegues del pañuelo escapaban sus grandes pechos. El resto de su cuerpo estaba a la vista y no resultaba nada prometedor.

—Te equivocas, nena —dije—. Busco a tu vecino. A Koerper. ¿Le conoces?

—¿Y para eso...? —soltó un bufido, me miró con mucho menos interés que hasta entonces y terminó—: Viene de vez en cuando. No sé más.

Y cerró de un portazo.

Volví a la otra puerta y examiné la cerradura. Esta vez lo pensé un poco antes de poner en práctica mis mañas. Si alguien me sorprendía iba a verme en un buen apuro, sobre todo en ese barrio, donde las gentes no se andaban por las ramas a la hora de «cepillar» a un tipo.

Al fin la puerta cedió y me colé rápidamente. El lugar olía a infiernos, con todo cerrado.

Bueno, olía a infiernos por la suciedad también, naturalmente, porque la había en cantidades industriales.

Di un vistazo general al pequeño apartamento. No había en él un solo detalle personal del inquilino. A menos que pudieran considerarse así un montón de revistas pornográficas de la peor especie...

Comencé después un registro a fondo procurando no hacer el menor ruido. Tenía la esperanza de encontrar una pista que me llevase hasta el nuevo domicilio del amigo Koerper.

Lo encontré en cierto modo, aunque fue algo que me dejó más intrigado si cabe.

Estaba en un cuartucho junto a la cocina, en medio de otras prendas de ropa sucia, unas sábanas roñosas y quién sabe qué más. Era una bata verde como la que ya viera en el armario del difunto señor Appel. Una bata de hospital.

Esa prenda parecía unir con un hilo invisible tanto a Appel con Koerper, como con Mike Powell, ya que éste había sido socio del primero.

Pensé que si averiguaba adonde conducía ese hilo, podría hacerle tragar su cuchillo al amigo Koerper, y averiguar de paso qué tenía este contra la preciosa Crystal Nolan, con lo cual ella quedaría a salvo.

Eso me interesaba en gran manera, porque yo tenía ya mis propias ideas respecto a ella...

CAPÍTULO VII

Me abrió la puerta y se quedó allí, mirándome con una ligera sonrisa en los labios.

—Le prepararé un trago —musitó—. ¿No fue eso lo que dijo al despedirse?

Entré y ella cerró sin dejar de mirarme.

—¿Cómo va su cabeza, señor Flannagan?

—Podría ir peor. Aún la conservo sobre los hombros.

Se fue a preparar la bebida. Me gustaba que no hubiera aspavientos por mi intempestiva visita. Era como si ella ya hubiera dado por hecho que yo aparecería en cualquier momento.

Trajo dos vasos y nos sentamos uno frente al otro.

Esta vez, llevaba puesta una suerte de mosquitera de estar por casa, muy cómoda seguramente para llevarla estando sola, pero condenadamente preocupante para un hombre con las hormonas en funcionamiento.

Yo tenía que apartar la mirada de las rosadas sombras de los senos que se insinuaban a través de aquella nube. Tenía que mirar a otra parte.

Lo hice.

La miré a la cara y la cosa fue peor, porque capté la sonriente expresión burlona de sus ojos, y la tentación roja de su boca y la insinuación al pasar la punta de su rosada lengua por los labios, como saboreando las gotas de *whisky* que quedaron en ellos después de beber...

—Ya sé quién es el tipo que intentó matarla —dije con voz ronca, para romper el hechizo.

—¿Cómo ha podido...?

—Se llama Richard Koerper. ¿Oyó alguna vez ese nombre?

—Nunca, que recuerde ahora... No, estoy segura de que no lo oí jamás.

—Intenté localizarlo en su domicilio, pero hace mucho tiempo que sólo aparece por allí de vez en cuando. Y tengo otra noticia para usted... El socio de Powell también fue asesinado.

—¿Judd Appel?

—El mismo. Estoy casi seguro de que era quien representaba el papel de chantajista en la sociedad de los dos granujas.

Sacudió la cabeza, inquieta.

—¿Y cree realmente que hay alguna relación entre esos crímenes y el atentado contra mí?

—Ahora estoy seguro.

—¿Por qué?

Bebí otro sorbo. Aquella condenada mosquitera estaba poniéndome nervioso y desvirtuaba mis ideas.

—Por las batas de hospital.

—¿Qué hospital? Ahora no comprendo absolutamente nada.

—Había una bata de un color verde pálido en el armario de Appel, una de esas batas que sólo utilizan los médicos y enfermeros en los hospitales. Bueno, encontré otra igual, aunque sucia como un basurero, en el apartamento de Koerper.

—Oh, comprendo... Pero ninguno de los dos era médico, me parece a mí.

—Eso puede jurarlo, de modo que esas prendas hospitalarias me intrigan en gran manera.

Acabé el *whisky* y abandoné el vaso sobre la mesita para encender un cigarrillo. Crys se movió en su butaca y las largas y hermosas piernas cobraron una nueva dimensión en el atrevido escorzo en que quedaron. Decididamente, mi presión arterial iba a subir hasta las nubes.

—Appel —dije— tenía en su poder una nota manuscrita, advirtiéndole de que en un día determinado habría de cambiar su turno con otro individuo llamado Murphy. La nota estaba escrita en un papel con membrete de un lugar llamado Centro de Salud Los Álamos. ¿Ha oído ese nombre antes?

—No... ¿Cree que se trata de una clínica?

—Supongo que sí. Pudiera ser el lugar donde ambos tenían un empleo, lo que justificaría esas dos batas de enfermero. Pero la cosa

es todavía más sorprendente, si tenemos en cuenta la clase de granujas de que estamos hablando. Las clínicas privadas no suelen contratar empleados a la ligera. Piden referencias, títulos y todo lo demás. No obstante, si estoy acertado, resulta que no sólo utilizaban a un chantajista, sino a un cuchillero profesional fichado por la policía.

—Desde luego, sí que resulta inexplicable.

—¿No recuerda si Powell habló alguna vez de una clínica así, o si al mencionar a Appel lo hizo como enfermero?

—No... De Appel solo mencionó lo que ya le dije, que eran socios en algunos negocios.

—Negocios de chantaje sin ninguna duda. Creo que haré algunas averiguaciones sobre esa clínica. Si el tal Koerper trabaja allí se abren no pocas posibilidades.

—¿En qué sentido?

—¿No lo comprende? Si es una clínica normal, legalmente establecida, deben saber la clase de asesino que tienen contratado. Y si no lo es..., bien, entonces la cosa aún puede ser más grave. Hay clínicas fantasmas que se dedican a provocar abortos y cosas así, ya sabe. Además, quiero echarle el guante a ese tipejo del cuchillo.

—¿Piensa que intentará atacarme otra vez?

—Seguro. Si vino a matarla sin tener personalmente nada contra usted, sólo puede ser debido a que alguien le pagó por hacerlo. Le enviarán de nuevo, a él o a otro, y créame que no trato de asustarla, sino de prevenirla.

—Asustada ya lo estoy —confesó sinceramente—. Estuve pensando en la conveniencia de mudarme de domicilio... Afortunadamente puedo hacerlo sin demasiadas complicaciones dado mi trabajo.

—Aún no sé en qué trabaja.

—Soy dibujante de modas.

—Eso debe ser divertido, me parece.

Sonrió.

—Le proporciona a una toda la independencia que desee. Eso ya es una ventaja.

—Entonces, hágalo; cambie de casa sin dar sus señas a nadie. Bueno, exceptuándome a mí, claro.

—Usted parece ser una excepción en muchos aspectos, señor

Flannagan.

—Deje de llamarme así, hace que me sienta viejo y respetable, y aunque a veces sí me siento viejo de mil años, le aseguro que de respetable no tengo más que la placa de latón en la puerta de mi oficina.

—Como abogado, desde luego no da usted el tipo —rió de aquella manera que a uno le parecía escuchar el repiqueteo de un sin fin de campanillas de cristal.

—Fui abogado por accidente —confesé—. Tenía hechos un par de cursos, por aquello de que algo hay que estudiar. Entonces me enviaron a Vietnam y la cosa se estropeó de mala manera. Cuando nos repatriaron no tenía nada. Ni trabajo, ni título universitario, ni perspectivas de hacerme rico en dos meses como todos soñábamos bajo la jungla. De modo que me inscribí en los cursos especiales para ex combatientes, que además eran gratuitos, y terminé la carrera de «picapleitos». Igual hubiera podido obtener el título de perito agrónomo o algo así. Quiero decir que tanto daba una cosa como otra.

—No parece usted el Upo clásico de resentido...

—No lo soy. Quizá, sólo desengañado de casi todo. Pero dejemos eso. Lo que quería decirle es que puede llamarme Johnny sin más trámite, aunque hemos dado una gran vuelta para llegar a algo tan sencillo. Y ahora, le aceptaría otro trago como despedida, Crys.

—¡Oh, claro...! No tengo mucha práctica como anfitriona.

Se fue ondulando aquella quimera de cuerpo que tenía, y cuando volvió tuve la impresión de que la mosquitera aún era más transparente que antes. Por lo menos, capté detalles capaces de alterar el pulso a un septuagenario.

Tomé el vaso y bebí como si realmente estuviera sediento. Ella encendió un cigarrillo y comentó:

—No avisé a la policía.

—Ahora puede hacerlo, sabiendo el nombre del que la atacó.

—¿No les pareceré extraño que haya esperado tanto?

—Bueno, por lo menos, les intrigará. O puede hacer otra cosa, ¿sabe? Esperar a que yo haya visitado esa clínica. Si puedo cazar a Koerper, entonces sabremos por qué quería matarla, y quién le pagó para hacerlo.

—¿Y si no le hubiese pagado nadie, si sólo se tratara de un loco

homicida, uno de esos tarados que se complacen matando mujeres que viven solas? Se han dado otros casos.

—Koerper no está loco. Por lo menos, no en ese sentido, aunque algo debe funcionar mal en su cabeza para dedicarse a ese trabajo sangriento. No, Crys, a ese individuo le envió alguien a terminar con usted.

—Pero ¿por qué? Me he devanado los sesos tratando de imaginar a alguien con motivos para odiarme hasta ese extremo. Le juro que no hay nadie así...

—Usted fue novia de Powell.

—Sí, ¿y qué?

—A veces, los hombres confían a sus novias cosas que no le dirían a nadie más. Powell no salió con usted para ejercer sus mañas de seductor y chantajista, de modo que alguien puede pensar que en su caso hizo una excepción, y que si le habló de sus negocios... En fin, no necesita que le dibuje un esquema del asunto.

—Comprendo. Pero el caso es que no me dijo nada de eso.

—Usted lo sabe, pero el criminal no.

Se quedó mirándome unos instantes. Luego murmuró:

—No es una perspectiva muy alentadora, Johnny.

—No lo es.

Yo había acabado con el *whisky*. No tenía excusa para continuar allí, de modo que me levanté y dije:

—Volveré a verla cuando haya visitado ese lugar donde contratan empleados con aficiones a emplear cuchillos. Pero para entonces, procure vestirse de otro modo si no quiere que sea yo quien cometa un asalto sexual.

No se inmutó. Sólo dijo:

—Pensé que le gustaría mi túnica. La diseñé yo misma, ¿sabe?

—¿Eso es una túnica?

—Claro.

—Uno podría leer el periódico a través de ella.

—Ahí radica su sugestivo encanto.

—No bromeo. ¿Cree que por muy viejo que me sienta a veces, puedo resistir un traicionero ataque de ese calibre?

—Es usted ex combatiente, Johnny. Debe estar entrenado a resistir.

—Pero no a que me tomen el pelo, linda.

Tal vez esperaba otra cosa, o quizá sólo trataba de jugar un poco conmigo.

De cualquier modo, la sujeté por los brazos atrayéndola hacia mí sin brusquedad, dándole opción a soltarse si quería hacerlo.

No se soltó. Dejó que la encerrara en mis brazos y que buscara su boca con la mía, y que después de esto el chispazo del primer beso se convirtiera en un incendio.

Un incendio que barrió la tenue mosquitera, y nos hundió uno en brazos del otro en un abismo donde ningún otro sentimiento tenía cabida.

CAPÍTULO VIII

Detuve el coche delante de la entrada y me apeé, asombrado. Estaba ante una verja tan sólida como la de un castillo medieval, que cerraba el paso a un amplio paseo que se internaba entre grandes álamos. De ahí el nombre, supuse.

A ambos lados de la verja de entrada, corría un muro de tres metros de altura, rematado por apretadas y agudas puntas de lanza doradas. Eran muy decorativas, pero también condenadamente eficientes para desalentar a cualquiera que tuviera la idea de saltar por encima.

Se me ocurrió que aquella clínica estaba muy bien protegida. Llamé al timbre y esperé.

Un par de minutos después apareció un hombre al otro lado. Vino, caminando sin prisas, procedente de la derecha de la verja y se detuvo junto a ésta, mirándome como si yo fuera un bicho raro caído de algún planeta lejano.

—¿Y bien? —Gruñó—. ¿Qué desea?

Era un individuo grande, bien musculado, con cara de boxeador del peso máximo.

—Quiero ver al director de la clínica.

—¿Tiene usted hora concertada?

—Me temo que no.

—El doctor Carpenter no recibe sin cita previa.

—No se trata de una visita profesional. No estoy enfermo. Es un asunto privado.

—Pida hora en su consultorio de la ciudad.

Sus respuestas eran brascas, secas, tan desagradables como puñetazos en la barriga.

—Oiga —dije, fastidiado—. ¿Qué clase de clínica es ésta? Todo

lo que deseo es entrevistar al director para un asunto que le interesa más a él que a mí.

—Solicite una hora en su consultorio.

Dio media vuelta y se largó.

Bajo un sol que quemaba, me quedé allí como un estúpido, viéndole desaparecer por donde había venido.

Todo un ejemplar.

Tomé el coche y conduje rumbo a Medard City. Era una población sobre el mar, tranquila y soleada, que en la época turística se cansaban de ganar dinero en grande.

Hoteles, bares, tiendas y locales de diversión de todas clases ocupaban por entero la calle principal, ancha y sombreada por copudos árboles. Entré en un bar y después de pedir un *whisky* atrapé la guía telefónica. Había sólo un módico llamado C. Carpenter, y era psiquiatra.

No podía ser otra cosa, porque aquella especie de fortaleza tenía todo el aspecto de un bien custodiado manicomio de lujo.

De modo que anoté las señas del doctor y me encaminé a su consultorio, reconfortado por el *whisky*.

Había una enfermera con cara de caballo detrás de una mesa de recepción. Me miró sin sonreír, seguramente tratando de adivinar cuál era mi problema psíquico.

—Deseo hora para una consulta con el doctor —dije, aleccionado por mi experiencia con el portero.

—Está muy ocupado... ¿Es usted el enfermo?

—No, afortunadamente.

Siguió estudiándome con tanta agudeza que pensé si trataba de adivinar mi edad mirándome la dentadura.

—¿Un familiar? —tanteó con cautela.

—Eso es.

—¿Su nombre?

—John Flannagan, de Los Ángeles.

—Veré qué puedo hacer. Haga el favor de esperar.

Me senté y esperé. La dama de cara caballuna tardó quince minutos y cuando volvió su expresión era la misma de antes.

—He podido arreglarlo... El doctor Carpenter le concederá diez minutos antes de la primera consulta establecida.

—Muchas gracias.

Me llevó a un despacho impresionante. Las paredes estaban cubiertas por paneles de roble, y en una de ellas se extendía una formidable biblioteca.

La mesa de trabajo hubiera podido servir como cubierta de un portaaviones, y el hombre que se sentaba al otro lado muy bien pudiera haber sido su comandante.

—¿Señor Flannagan? —Runroneó cuando me acerqué.

—Sí, señor.

—Siéntese. No tengo mucho tiempo libre antes de mi siguiente consulta. ¿Cuál es su problema?

—Afortunadamente, ninguno que interese a su especialidad.

Enarcó sus hermosas cejas grises. También había pinceladas grises en su espeso cabello. Tenía una cara delgada, aristocrática, en la que brillaban unos ojos oscuros y fulgurantes.

—Según le dijo a mi recepcionista, se trata de un familiar suyo...

—Hube de mentir, doctor.

—¿Cómo dice?

—Verá, estuve en su clínica preguntando por usted, y ese guardián parecido a un boxeador que tiene allí me echó con cajas destempladas. De modo que pensé que si quería verle habría de hacer un poco de teatro.

Su cara empezó a nublarse.

—Me temo que habré de pedirle que salga de aquí, señor Flannagan. Mi tiempo es extremadamente valioso...

—Más que el mío sin la menor duda. Pero en cierto modo quiero hacerle un favor.

Me miró como si quisiera hipnotizarme.

—No preciso favores de nadie —dijo, controlándose a duras penas.

—Tiene usted en su clínica, si no me equivoco, a gente muy poco recomendable.

—¿Qué? ¡Hombre! ¿Cómo se atreve...?

—Su personal utiliza batas verde claro, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Y tiene un enfermero llamado Murphy.

—Sí, pero no veo...

—Y tenía otro llamado Appel.

—Ese nombre no me suena.

—Judd Appel. Le asesinaron hace un par de noches.

Se puso rojo.

—¿Qué intenta decirme?

—Appel era un chantajista y trabajaba en su clínica. Y otro empleado suyo llamado Koerper es un reconocido delincuente especializado en el manejo del cuchillo.

—¿Koerper? —Iba de salto en salto por lo visto y luchaba por controlar la situación—. No contrato personalmente mis empleados, pero dudo mucho que eso sea cierto.

—En el caso de Appel, no cabe la menor duda. Se le encontró una nota escrita con papel de la clínica. Y Koerper tiene otra bata igual en su casa. No puedo creer que sea una simple casualidad.

—Ese tipo de uniformes se emplean en incontables clínicas y hospitales. De cualquier modo, me ocuparé de poner en claro este asunto. Mi administrador habrá de responder del personal que contrató... y si ese tal Koerper es un delincuente haré que sea despedido inmediatamente.

—Eso no es lo que yo deseo, doctor. Quiero atrapar a ese tipo. Estuvo a punto de asesinar a una amiga mía, y a mí mismo, armado con su cuchillo. Tengo mucho interés en que se coma su famoso hierro, antes de entregarlo a la policía.

—Entiendo. Llamaré al *sheriff* y que él se ocupe de ese individuo si realmente está empleado en mi clínica. Pero, por descontado, no admitiré injerencias extrañas.

—Supongo que se refiere a mí.

—A usted o a la policía de Los Ángeles. Aquí no tienen jurisdicción, como ya sabe.

—Entiendo...

Un zumbador dejó oír su chicharra, y la voz de la enfermera anunció:

—Su paciente está aquí, doctor.

No pronunció nombre alguno, pero para dar por terminada la entrevista no era necesario.

Me levanté al mismo tiempo que él y dije:

—Volveré a verle mañana, doctor, para saber en qué termina este asunto. Si Koerper está en su clínica, le acusaré de intento de asesinato, de modo que...

—Le informaré de lo que ocurra. Ahora, por favor, ya no puedo

destinarle ni un minuto más de mi tiempo.

Me encontré en la calle casi sin saber exactamente cómo había llegado a ella.

Tomé el coche y me largué con mil extrañas ideas danzándose en la cabeza.

Casi llegaba a Los Ángeles cuando tomé la determinación más importante de todo el asunto: Volver a la clínica y visitarla sin permiso.

Ni la clínica ni el estirado médico eran trigo limpio. Había algo muy raro en todo aquello, y no era lo menos extraño el comportamiento del doctor al recordarme que la policía de la ciudad no tenía jurisdicción en su territorio. Sólo el *sheriff* local.

Bueno, yo sabía cómo pueden ser manejadas algunas de esas flamantes autoridades locales...

Be modo que la determinación se hizo más sólida a medida que conducía de regreso a mi propia oficina.

Cuando llegué a ella estaba sonando el teléfono. Lo descolgué, y la voz bronca del teniente Gray gritó a través del auricular:

—¿Dónde infiernos se había metido usted, Flannagan? Quiero verle inmediatamente. En mi despacho.

—Oiga, estoy muy ocupado.

—¡Al diablo con eso! Venga aquí o mandaré una circular reclamando su captura.

CAPÍTULO IX

Estaban con el teniente un hombre joven y el detective de primera Snyder.

Gray gruñó:

—Está moviéndose mucho para no tener ningún trabajo entre manos, Flannagan.

—¿Estuvo investigándome?

—Ya puede jurarlo. Siéntese aquí. ¿Tiene inconveniente a que le tomen sus huellas dactilares?

—¿Para qué? Le aseguro que no he matado a nadie.

—¿Sí o no?

—Dígame para qué y tal vez entienda qué juego se trae entre manos, de lo contrario voy a empezar a actuar como abogado.

—Ya pensé que diría eso —suspiró.

—Tengo algunos derechos, ¿sabe?

—Claro, nadie lo pone en duda —rechinó Snyder, sarcástico—. Todos dicen lo mismo.

—¿Y si dejan de hacer el tonto? Soy abogado, adulto y aunque no sea una lumbrera tengo bastante sentido común. ¿Qué es lo que pasa?

—Voy a hacerle una pregunta, Flannagan. De su respuesta dependerá que le tomen las huellas o no. ¿Está claro?

—Adelante.

—¿Estuvo usted en el apartamento de un hombre llamado Judd Appel?

—De modo que es eso.

—¿Estuvo o no allí?

—Sí.

—Casi estaba seguro —hizo una seña al tipo que esperaba.

El hombre recogió sus cachivaches y se fue, como frustrado, como si no tomarme las huellas dactilares fuera para él algo así como quedarse sin gozar de los placeres del sexo por lo menos.

Snyder rezongó:

—Se ha metido en un buen lío, Flannagan.

—Explíqueme por qué.

—Encontró usted el cadáver de un hombre asesinado y no lo denunció.

—Dos —dijo Gray, flemático.

—¿Dos?

—Lo sabe muy bien. Encontró también el cadáver del hermoso Romeo de su amiga. Y tampoco se tomó la molestia de avisarnos.

—¿Cómo lo sabe?

—Nosotros tampoco carecemos de sentido común. Cuando le dimos la noticia a su amiga Marion Sheehy casi le dio un ataque de histeria. No podía admitir que su gran amor hubiera muerto asesinado. Nos dio bastante trabajo: lo crea usted o no. Bien, volví a verla para hacerle unas preguntas en otra dirección. Ya no estaba tan dolida. Sabía que el tal Powell había sido una sucia sabandija, una especie de «prostituto» que utilizaba su belleza para engatusar incautas. ¿Y cómo podía saberlo la señora Sheehy?

—Adelante, lo está haciendo muy bien —dije, resignado.

—Le apreté las clavijas hasta que se derrumbó. Usted se lo había dicho, usted le había llevado la grata nueva con el evidente propósito de paliar su dolor.

—Eso demuestra que uno nunca puede fiarse de las mujeres, teniente. Usted gana. Estuve allí.

—¿Y en casa de Appel? Porque alguien debió guiarle en esa dirección antes que a nosotros. Appel era el socio de Powell en sus negocios de chantaje.

—Encontré la pista en casa de Powell —mentí—. Una nota escrita en el margen de un periódico.

—¿Dónde está esa nota?

—No eran más que unas señas. Lo tiré cuando llegué a casa de Appel.

Snyder produjo un ruido raro con la garganta.

—Destrucción de pruebas. Eso agrava las cosas para usted, picapleitos.

—Siga así —dije—, y tal vez llegue a la brillante conclusión dé que yo lo maté.

—Oiga, Flannagan —gruñó el teniente—. Está usted metido en un lío le guste o no admitirlo.

—Lo admito, por supuesto.

—Entonces, veamos si podemos llegar a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Si le detengo y usted se cierra en banda no ganamos nada práctico, excepto darle un susto. En cambio, si usted decide colaborar quizá Snyder y yo podamos olvidar algunas cosas.

—Ya veo...

—¿Qué se llevó de esos lugares, además de esa nota escrita en un diario?

Les miré un tanto preocupado. Era cierto que podían complicarme mucho la vida si se les antojaba. Por otra parte, yo estaba convencido de que Gray era un excelente policía, tan íntegro como podía esperarse en una ciudad tan corrompida como la nuestra.

—Muy bien —dije—. Hagamos un trato. Ustedes olvidan mi situación en este asunto, y yo les entrego lo que había en casa de Powell.

—¿Y la de Appel?

—Allí no había nada de interés. Además, hube de salir de estampida apenas llegado porque alguien llamó a la puerta.

Cambiaron una mirada inteligente, como consultándose.

Al fin, el teniente gruñó:

—Trato hecho.

Me levanté.

—Vamos a mi oficina. Guardé las fotografías en mi caja fuerte.

—¿Qué fotos?

—Supongo que las de unas cuantas víctimas de aquel par de bastardos.

—Entiendo.

Snyder soltó un gruñido como despedida, Gray y yo nos fuimos cada uno en su coche, porque yo no pensaba volver.

Una vez en mi despacho, el teniente tomó entre sus manos aquella colección de fotografías. Sentado ante la mesa comenzó a pasarlas una a una.

Su cara iba oscureciéndose a medida que las examinaba.

—Hay aquí auténticas bombas, Flannagan, ya debe haberse dado cuenta.

—¿Cuenta de qué?

—¿No reconoce a algunas de estas damas?

—Lamento decirle que mi círculo social es más bien reducido y modesto, teniente.

—¡Al diablo con eso! Si esto se hiciera público...

—¿Por qué diablos cree que las guardó? Pensaba destruirlas y evitar así que esas mujeres sufrieran lo que había experimentado Marion. O quizá peor.

De pronto se envaró, quedóse mirando una de las fotos y soltó un bufido.

—Apostaría que es Evelin Whitney —refunfuñó.

—¿La conoce?

—Sólo por haberla visto en fotografías. Ya sabe, esas revistas de chismes. Es la hija de Alexander Whitney, uno de los más poderosos financieros. Se dice que tiene tanto poder, que si él se resfría, estornudan en la Casa Blanca.

—Y su hija cayó también en manos de Powell... No cabe duda que ese hijo de perra debía tener algo muy especial para las mujeres.

—Hay algo extraño en esta cara, ¿no le parece?

Me incliné sobre la mesa. La fotografía mostraba a una muchacha de unos veinticinco años, ni bonita ni fea. Era una de esas caras impersonales que no destacan en ninguna parte, a menos que haya tras ellas el resplandor de una fortuna.

—Parece triste —dije—. Amargada...

—¿Alucinada quizá?

—¡Drogas! ¿Es eso lo que quiere decir?

—No me sorprendería. Esos ojos apagados en una chica tan joven no pueden significar nada más. Recuerdo que leí en alguna parte que es una muñeca muy delicada de salud. Que pasa largas temporadas enferma... Imagino la clase de enfermedad que la aqueja.

—¿Sabe una cosa, teniente? Cada vez me alegro más de que alguien despachara a Powell y su socio.

—Eso no me libra a mí del deber de capturar al asesino —gruñó,

levantándose.

Se embolsó las fotografías, gruñó una despedida y se fue.

Yo esperé que anoheciera y repetí mi viaje a Medard City. El viaje al infierno.

CAPÍTULO X

Saltar aquella muralla erizada de puntas de lanza era una empresa como para pensarlo dos veces, de modo que decidí primero explorarla en todo su perímetro.

Era la hora de las brujas cuando descubrí una pequeña puerta, pero no me sirvió de nada. Era metálica, y estaba firmemente cerrada.

De modo que la cosa era difícil. La noche era oscura como el infierno, lo que en parte me convenía para moverme con más libertad, pero también dificultaba las cosas por cuanto limitaba mucho la visibilidad. Al fin, me encaramé a un árbol y desde arriba miré al interior de aquella fortaleza.

Entre los árboles, a gran distancia, vi brillar algunas ventanas iluminadas. Comencé a deslizarme por una rama lamentando no haber sido adiestrado para interpretar a Tarzán de la selva.

La rama empezó a doblarse hacia abajo. Crujió y por unos instantes pensé que iba a desplomarme sobre las aguzadas puntas de lanza. Quedaría ensartado allí como un insecto y el doctor Carpenter podría realizar estudios anatómicos con mis restos...

Pero la rama soportó mi peso hasta que me vi encima de las malditas lanzas. Poco a poco me colgué, sosteniéndome con las manos. Mis pies se apoyaron sobre las puntas y tanteé hasta poder colocarlos con dificultad entre ellas. Entonces solté la rama y quedé allí, de pie, como un muñeco de tiro al blanco.

Habían pasado demasiado años desde mis tiempos en Vietnam, cuando era capaz de realizar milagros gimnásticos. Dejarme caer al otro lado resultó una proeza que me dejó aturdido y con todos los huesos doloridos.

Recobré el aliento jadeando como un fuelle. Entonces me puse

en marcha agazapado, como si de nuevo avanzara por tierras plagadas de sanguinarios guerrilleros.

No eran guerrilleros los que vigilaban. Hacían mucho ruido y pude detenerme a tiempo, oculto por el tronco de uno de aquellos álamos que daban nombre al lugar.

Vi la sombra del vigilante cuando pasó a dos pasos de mí. Se alejó y poco después oí voces. Hablaba con otro.

Cada vez me intrigaba más aquella clínica, vigilada como si en realidad fuera una base militar.

Todo volvió a quedar en silencio. Corrí silencioso como un gato hasta la pared del enorme edificio de la clínica. Allí me detuve otra vez y tendí el oído.

Nada.

Lo estaba haciendo muy bien, pensé, felicitándome a mí mismo.

Me deslicé pegado a la pared hasta la esquina. Encima de mí, en el piso superior, brillaban algunas luces y me permitían ver el contorno más inmediato, pero cuando doblé la esquina me encontré en otra fachada completamente a oscuras.

También encontré algo más: una puerta cerrada. Pero ésta ofrecía algunas posibilidades.

Intenté examinar la cerradura en la oscuridad. Iba a ser difícil...

Entonces, el tipo surgió como brotado de la tierra. La primera noticia de su presencia la tuve cuando apoyó el cañón de una pistola en mi espalda. Luego dijo:

—No te muevas o te mato... Levanta las manos.

Obedecí mientras la pistola me presionaba ferozmente. El tipo no debía haber recibido adiestramiento alguno.

Levantó la voz y gruñó:

—¡Mark! ¿Me oyes? ¡Mark!

Otro tipo replicó desde alguna distancia:

—¿Qué pasa?

—Ven aquí.

Oí los pasos como se acercaban.

Entonces giré salvajemente. Mi brazo apartó la pistola y descargué un trallazo con el canto de la mano. Le acerté donde quería, en su indefensa tráquea. Sonó un sordo crujido, un estertor, y el tipo se derrumbó boqueando, muriéndose poco a poco con el cuello roto.

El otro oyó el jadeo y lo demás y echó a correr.

Salté sobre él golpeando con todas las energías que pude reunir. Se dobló, gruñendo. Le apliqué un rodillazo en la cara y saltó hacia atrás manoteando.

Me pareció como si todo el jardín se hubiese llenado de ruidos. Tanteé el suelo buscando la pistola del tipo que agonizaba. Mis dedos la encontraron al fin, y entonces el mundo estalló en una catarata de lucecillas, mientras un dolor de muerte me atravesaba la cabeza. Las luces se apagaron y el dolor fue tan violento que pareció explotarme por todos mis nervios antes de hundirme en la más negra inconsciencia.

* * *

Volver a la vida resultó un proceso lento, suave, sin dolor y sin zozobra.

Todo era blanco a mi alrededor, tanto las paredes como el techo, y una mesita, y la silla, y la puerta cerrada.

Todo era tan blanco como mi mente, y eso fue lo que me alarmó, porque de pronto me di cuenta de que ignoraba quién era yo y qué demonios estaba haciendo allí, tendido en una cama blanca.

Igual hubiera podido ser un recién nacido a efectos de mi cerebro, porque no había nada en él. Ni pasado, ni presente, ni futuro. Absolutamente nada.

Poco a poco la mente también despertó y con ese despertar llegó el pánico. Un pánico frío, irracional. Intenté levantarme y descubrí que no podía hacerlo. Tenía los brazos y las piernas sujetos por gruesas correas de cuero, y otra más que apretaba en torno al pecho.

El pánico se convirtió en burbujeante terror, porque mi mente estaba lanzando órdenes a mis músculos que éstos no podían obedecer. Era como si no los tuviera.

Después hice otro descubrimiento. Fue cuando recordé la manera cómo me habían tumbado. El golpe y el terrible dolor, añadido a los ya lacerantes pinchazos del primer trastazo que me pegaron. Y ahora no tenía dolor alguno. Al contrario, me sentía condenadamente bien y en paz.

La cosa no tenía explicación alguna, y esa falta de comprensión

fue precisamente lo que acabó de hundir me en la desesperación más absoluta.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió desde que recobré el conocimiento hasta que mi cerebro funcionó por entero. Supongo que mucho. Entonces comencé a forcejear con las correas.

Inútil, claro. Aquélla era una cama diseñada expresamente para tener sujeto a un loco furioso por lo menos.

Ese pensamiento me llenó de más pánico. Examiné las correas ladeando la cabeza como pude. No se veían las hebillas. Los extremos desaparecían debajo de la cama. Era completamente imposible soltarse.

En medio de ese océano de terror ante lo que mi situación implicaba, sonó una llave en la puerta y ésta se abrió.

Vi al doctor Carpenter equipado con una bata verde pálido. Entró y cerró a sus espaldas. Se quedó mirándome con una mueca de contento en su cara aristocrática.

—De modo, señor Flannagan, que decidió meter la nariz donde no debía —comentó, como si la cosa le gustara.

—¿Qué demonios se propone? No puede mantener secuestrado a un hombre indefinidamente.

—Yo puedo hacer todo lo que quiera con un hombre. Especialmente con usted. Hice averiguaciones, ¿sabe? No tiene familia, no tiene a nadie. Es lo que podríamos llamar un perfecto lobo solitario, una especie de inadaptado, tarado por sus años de guerra en Vietnam. Muy lamentable.

—El único tarado que yo conozco es usted, doctor.

Suspiró ante mi incomprensión.

—Más bien digamos que soy un genio, señor Flannagan. Y un hombre de negocios. Es en esta segunda faceta de hombre de negocios donde usted ha estado a punto de interferir, y ahora, amigo mío, tiene que pagarlo.

No comprendía nada, Y estaba asustado.

—Todo lo que yo quería era cazar al cuchillero que intentó matar a una mujer y a mí de propina —dije.

—A Koerper...

—El mismo. Trabaja aquí, ¿no es cierto?

—Seguro. Un elemento muy eficiente. Sólo falló en su caso por confiarse demasiado. ¿Sabe usted que le rompió el brazo y le dejó la

cara muy mal parada? El no le ha perdonado..., quería obsequiarle con sus artes de cuchillero. No le dejé, por supuesto.

—Muy considerado de su parte, doctor —rechiné con forzado sarcasmo.

—Usted, si hubiese aparecido muerto y casi descuartizado con un cuchillo, hubiera provocado demasiado revuelo. Es mejor mi sistema. Ya debe haber empezado a darse cuenta del bienestar que experimenta, ¿no es cierto?

—Sí...

—¡Ajá! Son las primeras dosis. Muy suaves, para adaptar su organismo a lo que vendrá luego.

—¿De qué está hablando?

—¿Aún no lo ha comprendido? Voy a convertirle en un demente integral. Una locura pacífica, naturalmente. Será usted una especie de bestezuela babeante con la mente vacía. No recordará nada, no sabrá nada. Poco después morirá, y cuantos le conozcan en semejante estado lo celebrarán por usted.

Ahora el pánico era una sensación viva, viscosa como el contacto de un reptil. Le vi preparar una jeringuilla hipodérmica, llenándola de un líquido incoloro.

—¿Sabe usted lo que puso en peligro, señor Flannagan?

Su pregunta me arrancó de la hipnótica contemplación de sus preparativos.

—Dígame usted —balbuceé.

—Un negocio de diez millones al año. Por supuesto que no podía permitirlo.

—Una clínica no puede dar tanto dinero.

—Tal vez más... libre de impuestos —rió un poco mientras examinaba el nivel de carga de la jeringuilla—. ¿Usted sabe? Hay gentes riquísimas que tienen dificultades con sus miembros decrepitos, pero empeñados en vivir y controlar sus riquezas. Entonces acuden a mí. Esos incómodos parientes enferman de la mente y los herederos pueden disponer de la fortuna mucho antes que si esperasen la muerte natural del viejo cacique. Y hay otras cosas...

Vino hacia mí. Yo estaba desnudo de cintura para arriba. Tanteó en mi brazo ante mi terror. Siguió riéndose cuando hundió la aguja.

—Hay gentes riquísimas que tienen otras necesidades.

Necesidades profundas; problemas de estupefacientes, por ejemplo. ¿Dónde obtenerlos sin riesgo, con discreción, dónde gozar en toda su plenitud de esos paraísos artificiales? Pagan centenares de miles de dólares al año por unas cortas temporadas en mi sanatorio.

El líquido entró en mi brazo con una sensación de calor que me erizó los cabellos. El retiró la aguja con todo esmero. Incluso pasó suavemente un algodón impregnado de alcohol por la diminuta herida.

La visión se me nubló unos segundos. Luego, volví a ver perfectamente, incluso con una brillantez como nunca antes había experimentado.

El guardó la jeringuilla en el estuche, que dejó encima de la mesa junto a la botellita que contenía la droga.

—También tenemos pacientes que precisan, además de sus paraísos artificiales, otra clase de placeres. Como los amorosos, ¿entiende? Por supuesto, el amor es el sentimiento más natural del ser humano, así que, ¿por qué no facilitárselo, también?

La cabeza empezaba a girarme de un modo lento y placentero y él seguía hablando. Su voz se alejaba y regresaba en ondas suaves.

Se inclinó sobre mí, examinándose con ojo experto. Me levantó un párpado y sonrió.

—Mañana empezaremos con las dosis realmente decisivas, señor Flannagan. Estas de ahora son sólo para que las fuertes no le provoquen la muerte fulminante... ¿Me oye, señor Flannagan?

Su imagen se alejaba envuelta en las ondas de su voz. Luego, se hizo la oscuridad.

Volví a este mundo una eternidad más tarde. Sentí tentaciones de llorar, de gritar; de morir como fuera.

En mi brazo había para entonces tres puntitos rojos, allí donde la aguja había clavado su picotazo.

Pasó por lo menos otra hora y recobré mis sentidos por completo. Tal como el diabólico médico había dicho, estas dosis suaves debían ser sólo para adaptar mi organismo a lo que después iba a venir.

Al fin, oí de nuevo girar la llave en la cerradura. Se me puso el pelo de punta al imaginar la nueva experiencia con el médico maldito.

Sólo que no fue el médico quien apareció. Primero vi una

cabellera larga y roja, y, bajo la cabellera, una cara pálida que atisbo por la rendija de la puerta.

En aquella cara había dos ojos dilatados, enormes, escalofriantes, que se clavaron en mí tan profundamente como antes la aguja hipodérmica.

Aquella cara habló justo cuando la mujer se deslizó dentro del cuarto como una serpiente, moviéndose igual que un reptil, ondulando todo el cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó—. Estuve esperando toda la noche...

Yo no podía apartar la mirada de aquel rostro tenso, sudoroso, con la nariz enrojecida y los ojos como globos de cristal.

Ella llevaba una bata azul. Soltó el cinturón que la sujetaba a su cintura y con un movimiento de hombros la dejó deslizar a lo largo del cuerpo.

Todo lo que llevaba puesto era su cabellera roja.

Aquello no podía ser otra cosa más que una pesadilla provocada por la maldita droga...

Pero, en cualquier caso, la pesadilla habló de nuevo:

—Esperé y esperé..., dijeron que vendrías. Les di todo lo que quisieron, pero tú no llegaste nunca. ¿Qué haces aquí? Tienes que amarme... ¡Tienes que hacerlo!

Se acercó hasta el borde del lecho. De pronto, capté algo familiar en aquella cara deformada y tensa.

—¿Cómo te llamas? —jadeé.

—Evelin.

—¿Whitney?

—Sí... ¿Por qué no me acaricias? Tócame..., te necesito X.

—No puedo. ¿Es que no lo ves?

No veía nada. Ni siquiera podía razonar.

Se inclinó poco a poco sobre mí, los labios entreabiertos, jadeando, pasándose la lengua por las comisuras como si los tuviera resecos.

—Estás aquí —jadeó, sin voz.

Sus labios me alcanzaron y yo sentí un frío de muerte. Su boca chocó contra mis dientes y sentí como si me besara un reptil.

Apretó y apretó, gimoteando, retorciéndose sobre el borde del lecho.

Cuando me soltó yo hubiera podido matarla sólo para que la cosa no volviera a repetirse.

—¡Tienes que acariciarme! —sollozó—. ¿No te dijeron quién soy, que he pagado por ser feliz? ¡Quiero que me ames, que me abracés!

—No quieren que lo haga —dije, dominando las náuseas, asaltado por una súbita esperanza—. Sólo podré hacer lo que quieras si me desatas.

—¡Oh...!

Empezó a forcejear con las correas.

—Así, no, Evelin. Las hebillas, ¿entiendes? Están debajo de la cama..., suéltalas. Sólo así podré hacerte todo lo que quieres.

—Las hebillas..., sí, las hebillas...

Se dejó caer de rodillas. El tiempo pareció detenerse, mientras sus torpes dedos luchaban allá abajo.

—¡Aprisa, aprisa! —Casi grité.

—¿Estás impaciente, amor mío? —rió, tontamente—. Tenemos tiempo..., haré que te quedes todos los días a mi lado...

—¡Sí, sí, pero apresúrate!

Al fin, mi brazo derecho quedó libre. Traté de moverlo y apenas pude hacerlo.

Ella estaba luchando con otra, correspondiente a las piernas. ¡Maldita sea! La hubiera matado...

Aproveché para reactivar la circulación sanguínea en mi brazo a base de movimientos. Después hice lo mismo con las piernas y ella casi se metió bajo la cama para soltar la que me sujetaba el pecho.

A mí casi me castañeteaban los dientes cuando, al fin, me vi libre. Ella se quedó mirándome cuando me levanté y pasó las puntas de sus dedos helados por los músculos de mi pecho.

—Eres fuerte..., quiero que me hagas feliz. Te quiero...

Sólo entonces dejé paso a la compasión, a la ternura por aquella desgraciada.

—Mereces ser feliz —dije, con voz ronca—. Te juro que haré todo lo que esté en mi mano para que lo seas...

Descargué un trallazo que la derribó sobre la cama, inconsciente. La deposité estirada y acabé cubriéndola con su propia bata.

Rechinando los dientes busqué mi camisa y la chaqueta, pero no

estaban allí.

Entonces sonaron pasos en el pasillo. Alguien soltó una exclamación y abrió la puerta de golpe:

—¿Quién ha abierto...?

Se quedó mudo al verme. Ya no recobró la voz, porque agarré la silla y se la estrellé en la cara.

La silla se hizo pedazos, y su cara también. Se derrumbó y no se necesitaba ser médico para darse cuenta de que estaba muerto.

Le arrastré al interior, le despoje de la bata y así descubrí el revólver que llevaba en una funda, sujeta al cinto.

Me puse la bata y empuñé el revólver. Si Carpenter estaba en la clínica, iba a administrarle un tratamiento traumático.

Me deslicé por los pasillos desiertos. En alguna parte, alguien gimoteaba ruidosamente.

Más allá, otro gritaba algo con voz senil. Era imposible entender una palabra.

Descendí a la planta baja. Casi me di de narices con otro enfermero, pero pude enseñarle el revólver cuando ya abría la boca y se calló.

—Tiéndete en el suelo —dije, rechinando los dientes.

Obedeció. Le machaqué la cabeza a conciencia con la culata del 38. Se quedó allí, ensuciando las baldosas de sangre, pero antes de alejarme le quité también un revólver. Eran unos extraños instrumentos para una clínica.

Llegué cerca de un amplio vestíbulo y oí voces detrás de una puerta. La abrí de golpe y entré, con un revólver en cada mano.

Los tres hombres sentados en torno a una mesa se quedaron mirándome estupefactos.

Uno tenía un brazo escayolado y lo llevaba sujeto por un arnés metálico. Su cara era un mapa de parches. El tipo era Koerper, el cuchillero.

Habían estado jugando a cartas y les dije:

—La partida terminó. Levántense y vayan hacia esa pared. Y tú, Koerper, haz un movimiento que no me guste y verás lo que pasa.

Me reconoció, naturalmente. Si las miradas matasen, yo habría muerto fulminado.

Se levantaron y paso a paso se dirigieron a la pared.

Antes de llegar a ella, uno de ellos fingió un traspié, y al

volverse tenía una pistola en la mano. Por un pelo no me liquidó. Decididamente, yo estaba desentrenado.

Disparamos casi al mismo tiempo. El dio un brinco y yo sentí una corriente de fuego en mi sien. Trastabillé, y el otro aprovechó para empuñar su arma.

Comencé a disparar con los dos revólveres a la vez, armando un estruendo espantoso entre aquellas paredes.

Los dos acusaron los impactos. Yo ni siquiera razonaba. Salí de aquel cuarto y corrí hacia la puerta. Cuando estuve en el jardín estaban encendiéndose luces por todas partes.

Alguien disparó desde una ventana. Corrí como un gamo, y, detrás; quedaron voces y pisadas precipitadas.

Protegiéndome entre los arbustos, del jardín, esquivé el primer ataque más o menos organizado. Los estampidos de las pistolas resonaban en la noche como truenos. Por aislada que estuviera la clínica, alguien acabaría llamando a la policía.

No devolví el fuego. Mis nervios se apaciguaban al fin. Esperé pegado a un árbol, hasta que vi la silueta de uno de mis perseguidores.

Levanté el revólver y disparé. El hombre dio un grito terrible y desapareció.

Corrí hacia la parte más oscura del jardín. No tenía ni una remota esperanza de saltar la pared sin una escalera, de modo que sólo podía esperar que me llegara ayuda del exterior.

Ellos estuvieron sembrando de balas el jardín hasta que cayeron en la cuenta de que estaban desperdiciando munición y alarmando a medio mundo. Del edificio llegaban los alaridos de los que estaban encerrados allí.

Vi a otro hombre equipado con una de aquellas batas verde pálido. Le metí una bala y esperé que se volviera de color rojo.

A lo lejos, al fin, comenzó a oírse una sirena.

Suspiré, y me deslicé en busca de un lugar más seguro.

Llegué al muro. Vi la puerta de hierro y me pegué a ella, mientras la sirena se acercaba velozmente.

Un hombre pasó cerca, agazapado, con otro pegado a sus talones. Le oí preguntar:

—¿Ves algo?

—No...

—Si es el *sheriff* aún podremos cazar a ese bastardo, pero si son los de carreteras...

Se perdieron a mi izquierda.

De pronto encontré algo que me llenó de gozo. Había una llave puesta en la cerradura. Le di vuelta y salí, echando a correr como un gamo hacia donde, no sabía cuándo, había dejado mi coche. Las palabras de aquellos dos rufianes ponían alas a mis pies.

Encontré mi auto, lo puse en marcha y salí zumbando cuando los de la policía penetraban en el jardín por la entrada principal.

CAPÍTULO XI

El teniente Gray rezongó:

—Apenas puedo creerlo...

—Le he contado todo lo que sucedió. Y por lo que oí, el *sheriff* de Medard City protege la clínica.

—Es una historia de locos.

—No vuelva a pronunciar esa palabra si quiere que yo siga cuerdo. ¡El maldito «matasanos»...! Ahora podemos colegir lo que pasó. Powell debía ser el amante oficial de las enfermas de la clínica. Por eso Evelyn Whitney no pudo satisfacer su delirante deseo, los últimos días. Powell estaba muerto y me confundió a mí con el hombre que esperaba. ¡Dios, que mal rato pasé!

—Entonces, según usted, fue Carpenter quien le mató, o mandó matarle...

—No puede ser de otro modo. Carpenter se asustó cuando descubrió que Powell y uno de sus enfermeros, Judd Appel, hacían negocios de chantaje por su cuenta. Ellos corrían un riesgo que, caso de ser detenidos, podría implicarle a él y su clínica. De modo que los liquidó. Me inclino a creer que fue el propio médico en ambas ocasiones. Se enteró del asunto, obligó a Appel a admitirlo, con lo que se enteró de su último intento contra Marion Sheehy. Incluso dejó diez mil dólares en el domicilio de su enfermero, para que la cosa resultara más creíble para la policía.

Hizo una mueca y yo añadí:

—Sí, es cierto, me llevé el dinero. Pero yo creía que era el que Marion había pagado. Sólo que cuando se lo devolví, la sorpresa la desconcertó y dijo que no eran los mismos billetes.

Sonó el teléfono y Gray lo descolgó, escuchando muy interesado. Me miró de un modo muy raro, hizo un par de preguntas y después

colgó.

—Flannagan —dijo—, el *sheriff* de Medard City ha cursado una orden de arresto contra usted. Le acusan de varios asesinatos y asalto a una respetable clínica mental. La conmoción fue tan violenta que el doctor Carpenter, director y propietario del sanatorio, se ha visto obligado a trasladar los enfermos a otros centros. Por lo menos, hay cinco o seis enfermeros asesinados.

—No me diga... No eran enfermeros, teniente, sino pistoleros. Sembraron de balas todo el jardín, mientras me perseguían.

—Según el *sheriff*, todos ellos estaban desarmados. Usted fue el único que disparó.

—Veremos si mantendrá sus acusaciones cuando Alex Whitney llegue aquí.

Dio un respingo que casi le tiró fuera de su sillón.

—¿Whitney? —balbuceó—. ¿Le llamó usted?

—Antes de venir a este despacho. Le hablé de su hija, de lo que estaban haciendo con ella y cómo lo hacían. Dijo que traería un juez federal y no me sorprendería que le acompañase, incluso, el presidente.

—Esto estallará como una bomba, pero usted es abogado, de modo que debe reconocer que las pruebas que posee contra el doctor Carpenter no servirán ante un tribunal..., por lo menos no servirán para condenarle a lo que merece.

—También tengo mis ideas al respecto.

—¿Qué ideas?

—Se lo diré cuando haya hablado con el señor Whitney. Si un criminal no puede ser condenado por la justicia... Bueno, puede sufrir un accidente, con personajes de Washington respaldándome.

Me levanté, y él se quedó mirándome casi con respeto.

Antes de que llegara a la puerta, exclamó:

—¡Espere un minuto aún, Flannagan!

—¿Si?

—Voy a demorar una respuesta al *sheriff* de Medard, y evitaré dar ninguna orden contra usted. Pero cuando haya hablado con ese financiero quiero tener acceso a lo que planea.

—¿Incluso si ello pone en peligro su chapa?

—¿Cómo dice?

—Olvídelo. Y hay otra cosa aún... La muerte de Frank Sheehy...

Algo debió notar en mi voz, que le hizo rodear la mesa y venir hacia mí.

—Ahí quería llegar —dijo—. Supongo que no va a cargarle esa muerte a Carpenter, también...

—No, Carpenter no tiene nada que ver con eso.

—¿Entonces? Oiga, Flannagan, se ha quedado blanco de pronto. ¿Qué diablos...?

—Ése fue un crimen absurdo, una estupidez desde el primer momento.

—La viuda es amiga suya, ¿no es cierto?

—Sí, ya lo sabe usted si ha averiguado mi pasado.

—Supongo que en este caso, usted no me ocultó nada, Flannagan...

—En absoluto. Y si no hubiera sucedido lo que siguió a ese crimen, tanto usted como yo habríamos comprendido la verdad mucho antes.

—Claro... Pero si eso ha de hacerle a usted las cosas más fáciles, le diré que ya sospechábamos de ella. Además, siempre me intrigó la razón que le había llevado a recurrir a usted para un asunto tan sucio...

—Una vez estuve enamorado de ella —dije—, pero eso no tiene nada que ver, ahora, si se prueba que ella mató a su marido de una manera tan retorcida y premeditada.

—No me pareció una mujer demasiado dura. Confesará sin mucha dificultad, estoy seguro. Y habrán atenuantes...

Aún estaba hablando cuando me fui.

CAPÍTULO XII

Crys tenía mis manos sujetas entre las suyas cuando el timbre de la puerta sonó dos veces.

Me miró con el miedo reflejado en sus ojos. La besé ligeramente en la boca y susurré:

—No temas, todo saldrá bien si tú sabes hacer tu parte, de modo conveniente.

Asintió. Me fui a la habitación, dejando una rendija con la puerta por la que ver y escuchar... y asomar el cañón del revólver.

Crys desapareció de mi estrecho campo visual para entrar en él, unos instantes después, seguida del doctor Carpenter.

El médico ya no parecía tan aristocrático.

Ella se encaró con aquel maldito demonio y dijo, secamente:

—¿Ha traído el dinero?

—¡Claro! Por lo que me dijo usted por teléfono, parece que ha cubierto usted todas las posibilidades.

—Sólo reflexioné sobre lo que más me convenía para mi seguridad personal, además de asegurarme de que usted comprendería que lo había hecho.

—Dijo que quería cincuenta mil dólares...

—Sí.

—Y a mí, ¿quién me asegura que no volverá a pedirme más y más, a medida que vaya gastándolo?

—Eso no sucederá. Yo también calculé sus posibilidades de resignación. Éste es un momento psicológico en el cual usted sólo puede hacer una cosa: Pagar. Más adelante ya no será así, además de que yo no gasto el dinero tontamente. Siempre deseé irme a vivir a Miami y ahora podré realizar mi sueño.

—Es usted inteligente, señorita Nolan. Muy inteligente.

—¿Por eso envió a aquel horrible individuo para que me matara?

—¿Koerper? Bueno, sólo quise curarme en salud.

—Sólo por eso debía pedirle el doble de dinero —dijo la muchacha, con acento furioso.

Estaba haciéndolo muy bien. Endiabladamente bien.

Carpenter dejó la cartera de mano que traía sobre la baja mesita y soltó los dos cierres.

—Eso no habría sido nada inteligente por su parte —dijo con calma—. Lo que no comprendo es cómo una mujer tan bella e inteligente como usted, llegó a ser la novia de un pedazo de alcornoque como Mike Powell, El no era más que un hermoso cuerpo de hombre sin sesos. En resumen, era sólo un sexo.

—Tardé muy poco tiempo en descubrirlo y le mandé al diablo. Pero, fuera lo que fuera, no tenía usted necesidad de matarlo, doctor.

El abrió la cartera y cuando se irguió tenía una pequeña pistola en la mano. La pistola llevaba un silenciador.

—No podía hacer otra cosa —dijo, riéndose entre dientes como un chacal—. Créame que no podía elegir, como tampoco puedo elegir ahora. El y otro estúpido empleado mío quisieron hacer negocios por su cuenta..., negocios peligrosos, al margen de la ley y aprovechando algunas de mis pacientes de la clínica... Lástima, porque Powell era ideal para satisfacerlas en sus apasionados delirios.

Crys miraba fascinada la pistola y balbuceó:

—¡No puede hacer eso, doctor...! Le dije...

—No me deja otro camino, señorita Nolan. Es usted demasiado inteligente... y demasiado peligrosa.

Tiré suavemente del gatillo del revólver sin una palabra, El estruendo del 38 hizo temblar las paredes, pero la bala hizo algo más. Se llevó por delante el revólver y la mano del «matasanos».

Carpenter dio un rugido y la sangre comenzó a saltar a chorros de su mano hecha trizas. Abrí la puerta y disparé por segunda vez, sin la menor piedad.

Le vi doblarse, aullando, y caer dando tumbos con una rodilla convertida en astillas. Desde el suelo nos miró como alucinado, con todo el dolor del infierno en su maldito cuerpo y un furor homicida

en aquellos ojos oscuros y fulgurantes.

La puerta del otro lado de la salita se abrió y entraron dos hombres. Uno de ellos tendría sesenta años y poseía un porte casi majestuoso. Fue el que habló primero:

—¡Basta ya, señor Flannagan! Aparte ese revólver.

La niebla roja que por un instante había enturbiado mi mirada desapareció y me encontré apuntando a la cara del médico, con el dedo tenso en el gatillo.

—Lástima —dije, con una voz que no reconocí—. Me hubiera gustado ver la clase de podridos sesos que tiene en la cabeza, doctor...

Crys hubo de sentarse porque las piernas no la sostenían.

Carpenter nos miró alternativamente a todos, mientras ponía el suelo perdido dé sangre. Yo dije:

—Deje que le presente, doctor. Este caballero que ha evitado que le metiera una bala en la cabeza, es el juez federal Martin Brewster, y el que le acompaña es el señor Alexis Whitney. Usted ya conoce a su hija, claro.

El multimillonario no podía apartar sus ojos llameantes de la cara contraída del criminal caído en el suelo. Con una voz que pareció el chirrido de una sierra, exigió:

—¿Dónde está mi hija, cerdo?

—Ella... está bien...

Nadie pudo evitarlo. Bien es verdad que nadie podía prever una reacción tan violenta de un caballero multimillonario, con silla propia en el despacho del propio Presidente.

El caso es que saltó hacia Carpenter y comenzó a patearle la cara salvajemente. Whitney era un hombre de unos cincuenta y cinco años, alto y atlético, y, por lo tanto, fuerte.

Hizo un excelente trabajo antes de que el juez y yo pudiésemos sujetarle apartándole de su víctima. Para entonces, lo que quedaba de la cara de Carpenter no era nada agradable de ver, más bien daba náuseas.

—Lo... lo siento —barbotó Whitney—. No pude contenerme...

El juez gruñó:

—Mejor siéntate ahí y cálmate, Alex. Ahora todo este desdichado asunto es cosa mía.

—Señor juez, espero que recuerde el compromiso que contrajo

conmigo —dije, guardándome el revólver definitivamente.

—Nadie le libraré de lo que tiene merecido, si es eso lo que teme. En cuando al *sheriff* corrompido y sus agentes, responderán también ante una corte federal.

Hizo una llamada telefónica y subieron los policías del Estado, que habían esperado en la calle con orden de no intervenir hasta que fueran llamados. Eran hombres ceñudos, se hicieron cargo del gimoteante médico y lo tiraron sobre un diván. Lo puso perdido, naturalmente, pero eso a nadie le importó.

Crys se apartó a un lado y yo le dije:

—Creo que tú y yo deberíamos salir de aquí y dejarles a ellos el campo libre.

—Sí, Johnny, salgamos... Todo eso es horrible.

Miré al señor Whitney y él esbozó una suerte de mueca.

—Usted dijo que era abogado, señor Flannagan —gruñó.

—Sí.

—Le ruego que cuando todo esto haya terminado, venga a verme a mi despacho de Washington. Necesito hombres como usted en mi organización.

—Por supuesto, iré a verle, señor.

Estreché su mano y después él se volvió hacia Crys. Me pareció que su mirada dura como el diamante se dulcificaba un poco.

—Gracias a usted también, señorita, por haber contribuido a dar su merecido a una basura como ésta. ¡Ojalá mi hija...! O quizá la culpa fue mía, no sé... Le deseo lo mejor del mundo.

Nos fuimos de allí. Cuando salimos a la calle llegaba una ambulancia.

Caminamos envueltos en la noche hasta donde había dejado mi coche. Nos sentamos en él y nos miramos.

—Iremos a casa —dije—. No es un palacio encantado, pero creo que te gustará.

—Cualquier lugar donde estemos juntos será para mí un palacio. Llévame, Johnny.

La estreché contra mi cuerpo casi con desesperación, porque yo sentía la urgencia de ella, de sentirla junto a mí, de saberla mía. Su boca era un ardiente jardín florido cuando la estrujé dentro de la mía, y eso hizo que los últimos vestigios de aquel otro beso nauseabundo en la clínica, se esfumaran para siempre.

Después, puse el coche en marcha y nos encaminamos a mi apartamento.

Con ella en mis brazos fue realmente un palacio encantado...

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

IPUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Precio en España: 25 ptas.

Impreso en España



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.